# ¿SER MODERNO O TENER FE?

BERNARDINO PIÑERA C.

FUNDACIÓN FUTURO

Edición general: Magdalena Piñera E.
Diseño y diagramación: Fernando Pizarro

© Editorial Los Andes
Apoquindo 3000 - Piso 19
Teléfono 4227322 - Fax 2325985
e-mail: futuroandes@fundacionfuturo.cl

Inscripción N°: 155.163
I.S.B.N. 956-7849-24-2
Derechos reservados para todos los países
Primera edición: julio 2006

Digitalización realizada por Fundación Futuro: Octubre de 2022.

Santiago de Chile
Impreso en Lom ediciones

Impreso en Chile/Printed in Chile

SERIE TEMAS DE HOY

# ¿SER MODERNO O TENER FE?

BERNARDINO PIÑERA C.

FUNDACIÓN FUTURO

# Al 2022… ¿Sigue la fe siendo moderna?

Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que, en 2006, monseñor Bernardino Piñera publicara por primera vez este libro. ¡Quizás demasiada! Por de pronto, a los 105 años el autor murió de Covid en plena pandemia mundial que -como tal- afectó seriamente a Chile, al punto que estuvimos "encuarentenados" por angustiosos meses que trajeron consigo la muerte de cerca de 50 mil compatriotas.

En el plano de la Iglesia Católica mundial, en estas casi dos décadas han ocurrido hechos muy significativos: murió el papa Juan Pablo II (2005), le sucedió el cardenal Ratzinger (que abdicó en 2013) para dar paso al papado de Francisco I.
En estos mismos años la Iglesia Católica ha vivido una gran crisis de credibilidad y legitimidad relacionada a los abusos sexuales y de conciencia de sacerdotes *urbi et orbis*.

Estos dieciocho años tuvieron de dulce y de agraz en nuestra *finis terrae*.
Se sucedieron los gobiernos del presidente Lagos (2000-2006), la presidenta Bachelet (2006-2010 y 2014-2018) del presidente Piñera (2010-2014 y 2018-2022) y el 2022 asumió el presidente Boric, se desató el terremoto del 27/F, se puso fin a los 30 años de gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, se produjo el llamado "Estallido Social del 18/10". Luego -tras arduas semanas de descarnada violencia- el 15/11/2019 se convocó a un plebiscito para una nueva Constitución, el mismo que -el 25/10/2020- fue aprobado en su fase de entrada por el 78,2% de la ciudadanía y luego -el 4/9/2022- rechazado, en su fase de salida por el 61,8% de la población.

Así y todo, este certero texto de Monseñor Piñera -que revisa los desafíos de la Iglesia Católica chilena en el siglo XXI (previo al destape de los casos de abuso sexual de miembros del clero nacional)- está más vigente y necesario que nunca.

Magdalena Piñera Echenique
Directora
Fundación Futuro

# PRESENTACIÓN

*Impresiona leer este libro de Mons. Bernardino Piñera. Su inteligencia lúcida y penetrante entra en los grandes temas del mundo actual, en las diversas visiones y en los malentendidos que se generan; observador atento de lo que ocurre, mira el ayer y el hoy y proyecta el futuro con esperanza.*

*Él mismo se encarga de soñar el valor que pueda tener esta publicación: «Tal vez este libro pueda ayudar a algunos de sus lectores, a mirarse los unos a los otros con una mirada menos desconfiada o descalificadora, a avivar la esperanza en la construcción de un mundo sin «eje del mal» y sin «eje del bien» autoproclamados, un mundo abierto a la comprensión, a la simpatía, a la fraternidad. Para los que tengan fe, Dios hará lo demás. Para los que no tengan fe, la dignidad y la capacidad del hombre le ayudarán a lograr también la felicidad». (del «Prólogo»).*

*Conocí personalmente a Mons. Piñera en 1979 cuando fui nombrado Obispo Auxiliar de Concepción. Desde entonces he tenido el privilegio de su amistad, de su cercanía, de su testimonio de pastor fiel y abierto a descubrir el bien y la bondad donde estuvieren.*

*En la Conferencia Episcopal fue admirable su esfuerzo de unir, de convocar, de buscar la comunión. Ocupó las más altas responsabilidades. Secretario General por varios años, Presidente de la Conferencia. Con sencillez, con humildad buscaba aunar voluntades. En épocas complejas de la historia patria intervino con inteligencia y mucha paciencia en la preparación de declaraciones y documentos que eran esperados por la opinión publica con expectación. En un Cuerpo Colegiado de más de treinta integrantes y todos con responsabilidad de conducción resultaba complejo y fatigoso un Documento que permitiera el consenso de todos. Don Bernardino lo lograba. Si había que rehacerlo diez veces, lo hacía hasta obtener la unanimidad. ¡Admirable!.*

*Ese esfuerzo interno de diálogo en la Iglesia lo proyecta ahora en este libro don Bernardino hacia el mundo, hacia nuestra propia realidad nacional. ¿Cómo se relacionan la Sociedad y la Iglesia?*

*¿Cómo conviven creyentes, no creyentes y agnósticos? ¿Cómo se hace servidora la Iglesia de un mundo que no comparte su fe y sus valores? ¿Cómo enfrentar los inevitables conflictos que toda sociedad en su desarrollo encuentra? ¿Nos miraremos con desconfianza, unos a otros, desde nuestras propias posiciones, o seremos capaces de ver lo bueno en los otros y nos dejaremos enriquecer por puntos de vista ajenos a los propios?. Esa es la cuestión. Don Bernardino desde su clara y definida óptica de creyente en Cristo y su Evangelio, desde su servicio de pastor, se abre a ese diálogo y a la búsqueda de caminos de encuentro. Trata de descubrir la «parte de verdad» que hay en el otro y se deja enriquecer por ella. Como creyente convencido y convincente reconoce que Jesucristo es « el Camino, la Verdad y la Vida» (San Juan 14,6) y que los seres humanos en nuestro caminar histórico vamos descubriendo partes de la Verdad, en la certeza que «la Verdad Total» es sólo «Él»:Jesucristo.*

*Este libro no dejará indiferente a nadie: a unos gustará, a otros quizás no. Nadie podrá negar la honestidad de su autor que busca puentes, caminos de diálogo entre los seres humanos para vivir en dignidad y en paz.*

*Famoso fue el diálogo entre el escritor no creyente y pensador italiano Humberto Eco y el jesuita Arzobispo Cardenal Carlo María Martini («¿En qué creen los que no creen?». Madrid 1997. Temas de hoy.). El Cardenal dice en un momento de su conversación con el escritor:*

*«Existe un «humus» profundo del que creyentes y no creyentes, conscientes y responsables, se alimentan al mismo nombre. En el momento dramático de la acción importan mucho más las cosas que los nombres, y no vale la pena desatar una «quaestio de nomine» cuando se trata de defender y promover los valores esenciales para la humanidad».*

*Este libro es una apremiante invitación al diálogo. Para que haya diálogo debe haber espacio para el diálogo, capacidad de escucha. El verdadero diálogo se abstiene de recurrir al desprestigio de las opiniones o convicciones del otro.*

*El testimonio del creyente que lo escribe es claro y elocuente. Sabe que la misión de la Iglesia está llamada a manifestar ante la sociedad el primado absoluto del amor con que Dios ama a este mundo (Jn. 3,17). Todo el anuncio del Evangelio, que don Bernardino ha*

*predicado en su vida de pastor, está impregnado de la acogida de este mundo amado por Dios donde Él mismo está presente y actuando, de manera de recoger agradecidamente «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor» (Fil. 4,8)*

*Termino esta presentación con una sencilla historia titulada: «Distinguir la noche del día».*

*Preguntó un gurú a sus discípulos si sabrían decir cuando acababa la noche y empezaba el día.*

*Uno de ellos dijo: «Cuando ves a un animal a distancia y puedes distinguir si es una vaca o un caballo».*

*«No», dijo el gurú.*

*Cuando miras un árbol a distancia y puedes distinguir si es un mango o un anacardo.*

*«Tampoco», dijo el gurú.*

*«Está bien», dijeron los discípulos, «dínos cuando es».*

*«Cuando miras a un hombre al rostro y reconoces en él a tu hermano; cuando miras a la cara a una mujer y reconoces en ella a tu hermana. Si no eres capaz de esto, entonces, sea la hora que sea, aún es de noche».*

*Don Bernardino con este libro y sobre todo con su vida, nos ayuda a distinguir la noche del día, a reconocer en cada ser humano a un hermano. Tiene mucho del Santo de Asís, Francisco el Hermano de todos. ¡Dios lo bendiga y lo guarde!.*

*Rancagua, mayo 2006.*

+ Alejandro Goic Karmelic
Obispo de Rancagua
Presidente Conferencia Episcopal de Chile

# PRÓLOGO

Un comentarista, a menudo original y profundo, puso una nota discordante en la euforia que acompañó la llegada al poder de un nuevo gobierno. No se refería, por lo demás, tan solo al gobierno recién inaugurado, sino también al anterior, a los anteriores, a todos ellos. Todos, decía, han prometido grandes avances y, en gran parte, los han realizado. Pero son todos de orden «cuantitativo»: «más» de esto, «menos» de esto otro. Nadie ofrece un cambio «cualitativo», y eso es lo que necesita y también lo que desea –aunque talvez con menos claridad-, el país; no «más» ni «menos»: «otra» cosa.

Yo suscribo ese comentario, al menos en su parte final; yo siento que Chile crece, se perfecciona en muchas cosas, pero que necesita, y desea, confusamente, un cambio de «cualidad de vida», de «manera de ser», un cambio en «su ser profundo».

Este ensayo no gustará a todos; talvez a nadie del todo. No es, y no he querido que sea «políticamente correcto», o sea limitarme a decir lo que todos aceptan, al menos en principio y nadie rechaza de plano. En Chile somos muy tolerantes con los que usan uniforme, cualquiera que este sea. No nos gustan las personas atípicas, difíciles de clasificar, que se salen de los moldes, que hacen dudar de las certezas. Y, sin embargo, son las dudas las que ayudan a probar las certezas, a confirmarlas o a superarlas.

Yo soy cristiano, soy hombre de fe, creo en Dios y veo el mundo con los ojos del creyente. Pero sé muy bien que muchos chilenos no comparten mi visión. Y trato de entenderlos. Comparto con ellos su confianza en el progreso; en todos los progresos, científico y técnico, económico y social, artístico y cultural y su deseo de un nuevo estilo de vida, cosas que se suelen asociar con la «modernidad». Y no creo que ambas maneras de ver la vida se opongan o se excluyan mutuamente. No participo de las descalificaciones despectivas de la fe cristiana como de algo que pasó de moda, que

solo interesa como pieza de museo o como reminiscencia histórica. Tampoco simpatizo con una cierta tendencia de los grupos conservadores a «demonizar» el mundo moderno, a verlo todo como corrupto y pecaminoso, como un camino que lleva al desastre. Veo mucho malentendido de una parte y de otra. Creo que el país necesita y desea un cambio de actitud en los unos y en los otros, una mayor apertura, una mayor comprensión, un esfuerzo por dialogar y por colaborar. Creo que Chile necesita su tradición cristiana y necesita también la fe cristiana y que la mayoría del pueblo chileno sigue amando a Cristo y a su Iglesia y pide respeto por su fe. Y creo también que Chile necesita compartir una fe común en el progreso cultural, en todos los progresos, social, económico y político que se le ofrece en este comienzo del siglo XXI, no solo como una «esperanza» sino como una «posibilidad» al alcance de la mano, como una «necesidad» también y como una «exigencia».

He escrito este ensayo en ese espíritu. En vez de a «o» b, yo prefiero leer a «y» b, o, mejor aun, un «a» que conozca y aprecie al «b» y un «b» que conozca y aprecie al «a». Seguramente me equivoco en alguna de mis apreciaciones. Es difícil, casi imposible, entender bien y apreciar en su justo valor y a la vez, la tradición y la fe cristiana, a menudo prejuiciadas contra el mundo moderno, y el espíritu del mundo moderno, que se declara a menudo ajeno a la fe o incompatible con ella. Pero la cualidad de vida, más aun la paz interior del pueblo chileno dependen de ese entendimiento mutuo.

En la Primera Parte, he dado una mirada, a vuelo de pájaro, a la historia espiritual de Chile, desde la Colonia hasta hoy. He estudiado, en la Segunda Parte, lo que pasa en el mundo, en el mundo occidental del que formamos parte, aunque con reservas, y también en el resto del mundo, más ajeno a nuestra cultura.

Nos tememos, nos despreciamos, nos odiamos a veces, pero, sobretodo, nos desconocemos o no nos entendemos y de allí vienen el temor, el desprecio y el odio. En el mundo de la fe cristiana, se están produciendo también grandes cambios. La fidelidad al Evangelio, la docilidad al Espíritu Santo, el sentido de comunidad en torno a los sucesores de los Apóstoles, propios de los católicos, se van despren-

diendo, poco a poco, de la cultura de «cristiandad» en la que hemos vivido, porque sienten que esta cultura está muriendo y ansían colaborar al nacimiento de una cultura nueva, que están viendo nacer en todas partes, pero sin Dios. Y saben que Dios es de todas las culturas, de las antiguas y de las nuevas, es Dios del pasado, del presente y del futuro, y es también Dios de la eternidad.

En el mundo llamado moderno, yo percibo también una apertura a lo espiritual. Me pareció sentir esa apertura en la «post-modernidad» de la que se habló mucho un tiempo, y de la que ahora se habla menos, y que fue el tema de mi libro sobre «El reencantamiento de la vida» (1993). La veo ahora en un consumo desordenado, pero insaciable, de los alimentos espirituales que ofrecen todas las religiones, espiritualidades y sabidurías del mundo –menos quizás de los que ofrece el cristianismo, y sobre todo el catolicismo, por verlos como cosa del pasado, en actitud de rechazo al mundo moderno, o, al menos, hablando un lenguaje que ya no es el lenguaje del mundo de hoy–. Un vistazo a la Bibliografía, al final de este ensayo, informará al lector de la documentación en que me ha apoyado al escribir lo que he escrito.

Y, finalmente, en la Tercera Parte, vislumbro los cambios que se están produciendo, o que van a producirse, por lo menos así lo creo, en el mundo de la fe, especialmente en la Iglesia Católica chilena, que es mi Iglesia. Tema ya esbozado en mi libro anterior: «La oferta de la fe» (2000).

Talvez este libro pueda ayudar a algunos de sus lectores, a mirarse los unos a los otros con una mirada menos desconfiada o descalificadora, a avivar la esperanza en la construcción de un mundo sin los autodeclarados «eje del mal» y «eje del bien», un mundo abierto a la comprensión, a la simpatía, a la fraternidad. Para los que tengan fe, Dios hará lo demás. Para los que no tengan fe, la dignidad y la capacidad del hombre le ayudarán a lograr también la felicidad.

Hace pocos años, me invitaron los obispos chilenos a desarrollar un tema en una de sus Asambleas Plenarias. Terminada mi exposición, se ofreció la palabra para un debate. El primer obispo que

habló me preguntó cual era mi edad exacta: ¿85, 86? Había encontrado mi voz muy clara y fuerte para un hombre de tanta edad.

El que habló después quería saber si yo seguía alguna kinesioterapia o si tenía un «personal trainer», porque, según él mi paso era más rápido y firme que lo que correspondía a mi edad.

Yo contesté que había venido a tratar un tema pastoral y no a someterme a una evaluación geriátrica.

La verdad es que si un viejo lo hace mal o regular, todo el mundo lo disculpa: «a la edad de él», no se puede esperar más. Y si lo hace bien, en vez de detenerse en lo que dijo o hizo, se comenta que «para la edad de él», estuvo muy bien.

Es una de las limitaciones de la vejez. Pero esta tiene para el lector una ventaja: bueno, regular o malo, este libro será, evidentemente, «el último» de su autor. ¡Algo es algo!

Santiago, junio 2006.

Bernardino Piñera C.
Arzobispo Emérito de La Serena

# Primera Parte
# UNA REVOLUCIÓN DE LAS MENTES:
## Del Chile colonial al Chile actual

# I. LA FIDELIDAD A LA TRADICIÓN

## 1.- EL CHILE COLONIAL Y SU IGLESIA

El Chile colonial, –y la Iglesia colonial, que era parte esencial de el–, descansaban sobre cinco principios o valores, admitidos prácticamente por todos. Tres de ellos se referían al orden político, social, cultural y religioso. Los otros dos eran mas bien del orden ético y personal. Vamos a examinarlos brevemente.

### a) La autoridad

Nadie discutía la necesidad de la «autoridad» para que las cosas pudieran caminar bien. Y la autoridad llevaba consigo la «obediencia», la «disciplina». En el hogar mandaba el esposo, el padre, el dueño de casa; la esposa, los hijos, los empleados obedecían, cada cual a su manera, pero sin discusión. En la escuela mandaba el maestro y, en caso de necesidad, recurría al castigo físico: «la letra con sangre entra» se decía. En el fundo, mandaba el patrón; podía ser exigente o comprensivo, querer a sus inquilinos y ser querido por ellos o, por el contrario, ser distante y temido, pero capataces, inquilinos y afuerinos obedecían. En el plano político y administrativo, la autoridad del rey, del gobernador, de los oidores de la Real Audiencia, de los corregidores era acatada sin discusión. Se cuenta que, en el siglo XVIII, los padres franciscanos chilenos decidieron construir un convento a medio camino entre Santiago y Concepción para que los religiosos que habían de viajar entre ambas ciudades tuvieran donde descansar a mitad camino. Construyeron el convento –San Pedro de Alcántara- con gran esfuerzo, pero olvidaron un trámite obligatorio: pedir autorización al Rey de España. Éste lo supo y mandó derribar la obra construida sin su permiso. Una vez razado el convento, el Rey autorizó su construcción y hubo que hacerlo todo de nuevo. La autoridad se hacía respetar.

También la Iglesia tenía una estructura autoritaria: por algo era parte del país. El Obispo era un gran personaje y tenía el rango necesario para subrayar y facilitar el ejercicio de su autoridad, autoridad por lo demás subordinada, al menos en lo civil, a la del rey y del gobierno. Autoridad que ejercía por medio de los curas párro-

cos, las órdenes religiosas y los misioneros. Autoridad que ejercía también la Iglesia sobre las conciencias, mediante la predicación, la dirección espiritual y la censura de los libros contrarios a la fe. En casos extremos, estaba el Tribunal de la Inquisición.

**b) El orden**

Fruto de la autoridad y de la disciplina era el «orden». La sociedad era jerárquica; cada cual ocupaba en ella el puesto que le correspondía: el patrón era patrón y el inquilino inquilino, La movilidad social era muy escasa.

Por cierto que se daban abusos, se cometían injusticias, hubo patrones duros y crueles, como la célebre Quintrala. La autoridad se esforzaba en impedir los abusos, en sancionarlos incluso. Pero el asunto era entre el abusador y la autoridad superior a él, o entre él y su conciencia; muy rara vez influía el reclamo del agraviado. Cuando, un siglo después de terminada la Colonia, los obreros del salitre empezaron a agitarse, las autoridades gubernativas reconocían que sus quejas eran justas y que había que introducir cambios. Pero cuando los rebeldes se trasladaron a Iquique y amenazaron la Intendencia, se dio orden de disparar y hubo una matanza, la tristemente célebre matanza de la Escuela Santa María: el orden debía mantenerse: la justicia podía esperar.

**c) La institución**

El orden se expresaba en las «instituciones», políticas, económicas, sociales y culturales en las que regía, como en todo, la autoridad. La Iglesia Católica colonial, funcional al resto del país, se presentaba también como una institución, poderosa y respetada, que dejaba poco margen a la creatividad de sus miembros, a la libre inspiración, a la personal interpretación y vivencia del Evangelio. La «ortodoxia» y la «ortopraxis» no solo eran impuestas a todos los fieles sino que eran aceptadas por ellos, que encontraban en ellas una seguridad y un apoyo que les daban paz interior. No fue solo la Iglesia del Concilio de Trento y del «barroco»; fue también la Iglesia del «despotismo ilustrado», que imponía su autoridad, sin discusión posible, al clero y a los religiosos, a la vez que a los simples fieles. Una Iglesia jerárquica y disciplinada era signo de los tiempos. Demás está decir que en el Chile colonial no cabían protestantes ni judíos.

**d) La austeridad**

La sociedad colonial era «austera» y «sobria», salvo talvez en algunos grupos privilegiados. Hubo, sobre todo en los primeros tiempos, aventureros y traficantes, ávidos de oro y explotadores de los indios, pero, para la mayoría de los españoles, el dinero no era la meta de sus vidas La gente era piadosa y se esforzaba en ser virtuosa. En las casas de familia se vivía un poco como en los claustros. Se pensaba mas en la vida eterna que en los placeres de la vida terrena. Los bienes de consumo, el bienestar material, las diversiones ocupaban un lugar mas bien reducido. El lujo era excepcional. La «felicidad» no estaba en la riqueza presente sino mas bien en la esperanza de la salvación y en el gozo del cielo.

**e) El rigorismo**

La sociedad colonial era «rigorista». Se preocupaba más del cumplimiento de los deberes que del reclamo de los derechos o del gozo de los placeres. Se temía el pecado y se procuraba evitarlo. Se practicaban la mortificación, el sacrificio, la penitencia. Se renunciaba fácilmente a los placeres mundanos con tal de lograr las bienaventuranzas celestiales. La «felicidad», ya lo dijimos, era más para el cielo que para esta tierra.

Tal era la cristiandad colonial. Obedecía a circunstancias históricas, a la manera de ser de los españoles, de los indígenas y de los mestizos; a las condiciones propias del orden colonial y también a lo que ocurría en Europa en esos mismos tiempos: resabios del medioevo, influencia del humanismo y del renacimiento, luchas religiosas entre católicos y protestantes, despotismo ilustrado de los reyes y de sus ministros, defensa frente a las nuevas corrientes intelectuales como la ilustración y temor ante reacciones revoltosas, de los indios especialmente, que siempre podían ocurrir.

Esta cristiandad colonial no era la única cristiandad posible. Había, en otras partes y en otras circunstancias, hubo antes y hubo después, otras maneras, otros estilos de vivir el Evangelio en la vida personal y social. Pero esa era la forma de cristiandad sobre la cual habían de romper las olas gigantescas de los cinco tsunamis que vamos ahora a relatar.

## 2.- EL ESTABLECIMIENTO DE LA MODERNIDAD

### a) Cinco «tsunamis»

Los cinco «tsunamis» que hicieron temblar la estructura monolítica del orden colonial y de su Iglesia; las cinco grandes olas que amenazaron con sumergirlo todo, no se originaron en Chile. Nos llegaron de fuera pero se aclimataron entre nosotros, llegaron a ser parte de nuestra idiosincrasia chilena, se incorporaron a nuestra historia nacional y, en gran parte, están en la base de nuestra historia actual.

**• La libertad**

Contra el ejercicio de la autoridad se levanta el reclamo de la «libertad». Es el «liberalismo», la ideología que se inicia en el siglo XVIII y florece en los siglos XIX y XX. Se trata primero de la libertad «intelectual», el rechazo de la autoridad en el campo de la cultura, el «libre-pensamiento». Y la libertad «moral», la «libertad de conciencia». Y como la Iglesia aparece como imponiendo sus «dogmas» y sus «preceptos» y ejerciendo su «censura», el liberalismo se hace «anticlericalismo» –contra los «clérigos», considerados como los agentes visibles del autoritarismo católico-; y luego «laicismo» –o sea separación de la religión, -o por lo menos de la Iglesia católica-, de la política. El liberalismo evoluciona hacia el «radicalismo», más intransigente en su postura libertaria, más abierto al reclamo de justicia y de igualdad y más agresivo contra la Iglesia católica. Muchos radicales son también masones. La «masonería» aparece casi como una contra-Iglesia que lucha por el libre pensamiento, la libertad de conciencia y el laicismo y es a menudo considerada como anticlerical y antirreligiosa aun cuando cultiva ciertos elementos de tipo religioso: ritos y símbolos, deísmo, y una gran preocupación ética: moral familiar, tolerancia, filantropía (bomberos, scouts...).

El liberalismo, en el campo «político», estimulado por la Revolución Francesa y las insurrecciones nacionalistas de Europa, lucha por la «democracia», cada vez más extendida y más perfeccionada – separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, derecho a voto, ampliado, mucho después y poco a poco, a los pobres, a las mujeres, a los jóvenes. En el campo económico, a raíz de las revoluciones industrial y financiera, el liberalismo acoge el «libre mercado», se pronuncia en contra de los monopolios y de los proteccio-

nismos que la Corona española imponía a sus colonias.

Esta nueva corriente –aun cuando varios de los padres de la patria pertenecían a la aristocracia– entró poco en la clase alta, formada en gran parte por terratenientes de mentalidad patriarcal y elitista y en las clases populares, de poca educación ideológica y capacidad de organización y de lucha. Pero fue asumida por algunos elementos «intelectuales» y sobre todo por gran parte de la «clase media», en el momento en que esta iba creciendo en número, en cultura y en personalidad. Y, por la clase media, penetró muy hondo en el campo de la «educación»: en la escuela, el liceo y la universidad; en la «administración pública» y en la «política».

La Iglesia, y todo lo que en el país se mantuvo fiel a la tradición colonial, todo lo que era conservador, apegado al pasado y temeroso del futuro, o que quería para Chile un futuro diferente del que proponía el liberalismo, tan severamente condenado por el Papa Pío IX, aceptó el reto. La lucha infatigable del «partido conservador» en el campo político; la lucha por la «libertad de enseñanza» y una gran red de escuelas y colegios católicos; las organizaciones obreras –como los obreros de San José–, las misiones en los campos, el fomento de la piedad popular arraigada en las mentes y en las conciencias; mil obras de asistencia social –asilos de huérfanos, de ancianos...– y una infatigable acción pastoral permitieron a la Iglesia mantenerse vigente y aun renovarse y crecer, pero no sin sufrir grandes pérdidas.

• **La justicia**

Contra la preocupación por el orden, se levanta el reclamo de la «justicia». La clase obrera, que va creciendo en la minería y en la industria, reclama mejores condiciones de trabajo y de vida, salarios mas altos, mayor participación en la vida del país. Se organiza en mutuales, en cooperativas, en sindicatos sobre todo. Se crea y madura un «movimiento obrero», al que sigue, de lejos, un movimiento campesino. Pasa a la lucha: organización sindical, pese a los obstáculos que pone la ley, huelgas, a veces violencia. Busca y recibe apoyo político de los «partidos de izquierda»: los radicales y los demócratas en un principio; luego los socialistas y los comunistas que lideran el movimiento obrero y le dan, en parte, una ideología marxista; después los demócrata-cristianos, los MAPUS, la izquierda cristiana, la izquierda revolucionaria (MIR). Hay también, a

veces, apoyo por parte de la Iglesia, de sacerdotes como Fernando Vives Solar, Jorge Fernández Pradel, Guillermo Viviani, Alberto Hurtado y otros, que se inspiran en las Encíclicas Sociales y en la doctrina social de la Iglesia.

La lucha por la justicia trae consigo la lucha por la «igualdad», que despierta la resistencia de los liberales. La historia del siglo XX muestra lo difícil que es equilibrar la «igualdad» con la «libertad» –dos de los tres «dogmas» de los revolucionarios franceses-, al menos sin la «fraternidad», el tercer dogma, caída muchas veces en el olvido.

El movimiento obrero, el izquierdismo político, incluso los partidos marxistas no son necesariamente contrarios a la religión o a la Iglesia católica. Pero existe, al menos, una tensión entre ellos. La Iglesia, pese a sus buenos propósitos, aparece demasiado como parte del «establishment» conservador, y aun liberal, que hay que derrocar y sustituir. No pocos cristianos, sin embargo, se sienten atraídos y se van incorporando a la lucha del pueblo por la justicia, pese a la ideología marxista y a la praxis revolucionaria que prevalecen en ella: cristianos por el socialismo, teología de la liberación...

• **La inspiración**

Contra la tendencia a institucionalizarlo todo, se levanta el reclamo de la «inspiración», de la espontaneidad. «Prohibido prohibir», dirán los estudiantes franceses de 1968. La gente quiere creatividad, novedad, personalidad en vez de un institucionalismo rígido, apoyado en la ley, la jerarquía, la disciplina.

En Chile esto se ha advertido, a partir de fines del siglo XIX, en el campo religioso. La sociedad religiosa católica tradicional aceptaba que los alemanes o los ingleses tuvieran sus capillas propias para celebrar sus cultos, luterano, anglicano o presbiteriano. Pero le costó entender y aceptar que centenares, y luego millares, de sus fieles católicos –a menudo los mas piadosos- abandonaran la Iglesia católica, su Iglesia, para incorporarse a los cien cultos evangélicos o pentecostales y a las «sectas» nuevas, como los adventistas, los mormones o los testigos de Jehová. «¿Qué encontrarán en ellos que no les estemos dando nosotros?» se preguntaban. Y la respuesta era: menos institucionalidad, más espontaneidad, más participación, un contacto mas directo con el Evangelio, con el Espíritu Santo, una oración mas improvisada, mas personal, la posibilidad de una «sanación», una comunidad mas acogedora y mas solidaria.

que la mamá les compra o les sirve. Abundan las secretarias gentiles y amables, las recepcionistas sonrientes y atentas, las telefonistas que hacen sentirse bien al interlocutor tratándolo por su nombre y agregándole a veces el «don»; pero todo esto se acaba cuando termina la función, cuando no entra en el contrato, cuando ya no le pagan por hacerlo. Y algo parecido se da en los animadores de la televisión, en los hombres del espectáculo, en los vendedores. Hay que reconocer, sin embargo, que esa gentileza en los modales va penetrando poco a poco la vida familiar, la vida del vecindario, la vida de las relaciones humanas a distintos niveles y contribuye a mejorar la calidad de la vida.

### Desconectarse...

Para dedicarse tiempo entero a sí mismo, el hombre tiene que desconectarse de los demás. La desconexión del «pasado», de los padres, los abuelos, la familia, ha sido muy analizada por diversos autores, Allan Bloom entre otros. El desinterés por el «futuro» es otro nivel de desconexión: pasaron las «utopías» que nos prometían un porvenir maravilloso, las «ideologías» que creíamos infalibles. El futuro es imprevisible, o no depende de mí. En todo caso, lo que a mí me interesa es mi «presente» y mi presente es la mejor garantía de mi futuro.

La vida humana es como la trama de una tapicería a la que se le van sacando los hilos verticales, los que se extienden del pasado al futuro, quedando deshilachada, con solo los hilos horizontales incapaces de sostenerse solos.

### ...y reconectarse

De hecho, los hilos horizontales están intactos, o fortalecidos. Ya no miramos hacia atrás ni hacia adelante pero miramos mucho hacia los lados, a lo que hacen los demás. Comemos y bebemos lo que comen y beben los demás. Lo que todo el mundo come y bebe, aunque tal vez no nos guste tanto. Nos vestimos como los demás.

Una tienda envía su catálogo, a todo color, unido a la edición dominical de un diario de gran circulación. En la sección de «ropa de hombre» aparecen algunos modelos «en la onda». Y se nos invita a adquirirlos para afirmar nuestra personalidad. O sea, para vestir «con personalidad» tengo que comprar mi ropa por catálogo, o sea vestir como los demás. Se usa el pelo corto o largo, pelado al cero o con cola, se usa un aro en una oreja, en la nariz o en el ombligo, según lo hagan o no lo hagan los demás. Y la

moda, manejada por los empresarios y los comerciantes, cambia a cada rato: es «el imperio de lo efímero» de que nos habla Lipovetski.

### Una moral crepuscular

El mismo Lipovetski habla del «crepúsculo del deber». Totó Romero y Ximena Torres, de «moral light». Elizabeth Subercaseaux nos explica «las diez cosas que una mujer en Chile no debe hacer jamás»; en otro libro más reciente nos habla del «matrimonio a la chilena»; Marcela Serrano pone al descubierto los resortes éticos que mueven a las cuatro amigas que veranean juntas en un lago del Sur. El principio universal parece ser este: cada cual puede hacer lo que quiere, siempre que respete la libertad de los demás de hacer, ellos también, lo que quieran. A Lipovetski ésto le suena a «crepúsculo», a fin del día, a entrada en la noche, a decadencia. A otros, les suena a «permisividad», a liberación de tabúes, a plenitud de vida. Esto lo veremos más adelante al hablar de ética.

### Sentirnos buenos... a poco costo

El hombre y la mujer de hoy, ya lo hemos visto, tienden a desolidarizarse de los demás. El acento está puesto en uno mismo, a lo más en la pareja y en la familia.

Esto no excluye una ocasional ayuda ante una catástrofe que nos conmueva; o una participación habitual en alguna obra con la cual simpatizamos; pero limitada, un deber que se cumple, no una pasión por ayudar y por servir, ni siquiera una verdadera compasión por los que sufren. Cada cual con lo suyo.

Los comunicadores saben que el telespectador es capaz de interesarse por los niños discapacitados, o por las muchedumbres hambrientas de Ruanda, pero una vez al año, y por algunas horas, tal vez solo algunos minutos y se acabó el tema. Nos gusta sentirnos compasivos y buenos. Damos nuestra ayuda. Pero que no se nos hable más del tema. No queremos amargarnos con los padecimientos ajenos.

### Compartir... sin amarrarnos

Este individualismo no excluye el tener y compartir hobbies: el golf, la buena mesa, una experiencia religiosa. Pero son compromisos limitados, revocables: me junto con mis amigos para eso pero nada más. Los grandes compromisos políticos o sociales de otros tiempos, las grandes gestas culturales por las que uno daba la vida, son del pasado.

### a) Éxitos y limitaciones del liberalismo

Empezaremos por el «liberalismo». Entre el liberalismo «político» de los siglos XVIII y XIX y el liberalismo «económico» de este comienzo del siglo XXI hay un largo trecho. Dentro del mismo liberalismo político, radicales y liberales no tardaron en diferenciarse. La laicidad y la laicización fueron vividos de manera diferente por los liberales que siguieron siendo católicos y aquellos para quienes el liberalismo había de terminar en rechazo de toda creencia o vivencia religiosa. El liberalismo tuvo por enemigo al socialismo y la búsqueda de la libertad se ha demostrado difícil de conjugar con la búsqueda de la igualdad y de la justicia. No se puede negar, sin embargo, la enorme prosperidad material que la economía de mercado desencadena y que, si bien mal distribuida, llega sin embargo a números crecientes de hombres y mujeres, cambiándoles la vida. Finalmente el mundo moderno muestra a cada rato las consecuencias de lo que se puede llamar un exceso de libertad; en las familias, en los colegios, en la calle se advierten los daños que produce, a veces, la ausencia de la autoridad necesaria, de disciplina social.

### b) Éxitos y limitaciones del socialismo

Si tomamos ahora el «socialismo», el reclamo de justicia y de igualdad, no hay duda de que mucho se ha avanzado. Sin embargo, el hecho de que el poder «político», que debe estar al servicio de la justicia, aparece supeditado por el poder «económico» que promete la prosperidad económica, pero no su justa distribución, es inquietante. La economía debe estar subordinada a la política y no al revés. Pero, aun antes de este conflicto, la búsqueda de la igualdad, tal como la entendía el socialismo, resultó en un socialismo «real» que, después de dominar la mitad del mundo durante casi un siglo y de imponer a los hombres una dictadura implacable, terminó derribándose, sin que se disparara una bala, por el cansancio y el rechazo de los propios pueblos que vivían bajo su poder. La lucha por la justicia y por una justa igualdad no ha terminado, ni debe terminar: busca nuevos caminos.

### c) El pluralismo religioso

El rechazo de la «institucionalidad» para dar paso a la «espontaneidad», especialmente en materia religiosa, ha sido para muchos

liberador pero ya se empieza a sentir algunos efectos de la falta de institucionalidad, también en el campo religioso. Lo que se gana en fervor, a veces pasajero, se pierde, a veces, en solidez, en estabilidad. Y la ética de los comportamientos se debilita como consecuencia de la menor solidez de las convicciones y de las pertenencias. Lo veremos mas adelante.

El hecho mismo del «pluralismo religioso» en un país tiene ventajas y desventajas. La ventaja es la libertad de elegir entre una y otra iglesia, por voluntad propia, no por imposición legal o por no haber otra. Aunque esa elección no siempre es plenamente libre y bien informada. El inconveniente del pluralismo religioso es que se rompe la unidad religiosa del país. Durante muchos años se pensó que sin unidad religiosa no podía haber unidad nacional. Lutero acuñó la frase: «la religión del príncipe debe ser la religión del pueblo». Hoy, ya nadie piensa así, al menos en el mundo occidental. Y se prefiere diversidad de religiones antes que la imposición de una religión estatal única a todo un país, aunque las religiones pierdan algo de su prestigio al mostrar el espectáculo de su pluralidad y de sus rivalidades. La misión cristiana en los pueblos paganos perdió parte de su eficacia por la rivalidad entre las diversas Iglesias cristianas que predicaban un mismo Cristo sin ponerse de acuerdo entre sí. «¡Que sean uno!», había dicho Cristo; y los misioneros no eran uno.

Es muy de desear que las diversas familias religiosas conversen entre sí, descubran lo que tienen en común, superen sus divergencias, aprendan a respetarse y a colaborar. Entre cristianos, se habla de «ecumenismo». El ecumenismo lleva a la unidad cuando todos los que participan en el tratan de ser fieles al mismo Evangelio y dóciles al mismo Espíritu y crecen en santidad, o sea en el amor. El amor en Cristo es lo único capaz de unir a todos los discípulos de Cristo.

### d) El materialismo en la vida diaria

El «economicismo», cuya expresión mas visible es el «consumismo» es consecuencia a la vez del liberalismo y del socialismo que tienden a aumentar los productos y servicios que ofrece el mercado y a acrecentar el número de quienes pueden consumirlos. Pero muchos señalan el carácter «materialista» de la sociedad moderna, su idolatría del dinero y una correspondiente baja de otros valores humanos que

pueden designarse como «espirituales» que, en otros tiempos estaban en la base de la vida diaria, y que muchos echan de menos.

### e) El hedonismo en la vida diaria

En cuanto al «permisivismo» moral, a la privatización de la ética que hemos señalado y que se origina en gran parte en el liberalismo, el ansia de libertad y el rechazo de una moral basada en una revelación divina, son los hechos, las conductas, las actitudes que de el se derivan los que hacen dudar del principio en que se apoyan. El debilitamiento de la familia, la emancipación de la vida sexual, de la vida conyugal y de la vida familiar; el derecho que muchos se arrogan de disponer de la vida ajena –violencia, aborto, eutanasia-; la delincuencia y la inseguridad de la vida que trae consigo; la corrupción; el desborde de los medios de comunicación; la droga y el alcohol; la frivolidad, el erotismo, la farándula que hacen la vida placentera y estimulante para algunos, en las primeras etapas de la vida y la vuelven angustiosa y deprimente para otros. Los sicólogos y siquiatras saben mejor que nadie lo que el permisivismo va depositando a lo largo de la vida en el inconsciente del hombre de hoy y que se manifiesta, tarde o temprano, en soledad, en tristeza, en depresión y en angustia.

## 4.- TRES IGLESIAS CATÓLICAS EN CHILE

Consecuencia de los cambios, hay hoy día, de hecho, en Chile y en todas partes, tres iglesias católicas, en vez de una sola. Y esto por motivos más históricos y culturales que propiamente religiosos.

### a) La Iglesia tradicional

La primera Iglesia la vamos a llamar «tradicional». A ella pertenecen gran parte de los católicos chilenos. Es el fruto de 450 años de evangelización del pueblo chileno: del trabajo de los misioneros españoles: mercedarios, dominicos, franciscanos, agustinos, jesuitas, de los siglos XVI, XVII y XVIII que se prolonga en el siglo XIX, y parte del XX, con el del clero chileno y de las órdenes religiosas extranjeras: redentoristas, cordimarianos, capuchinos, misioneros de los campos; de los jesuitas, de los salesianos y de religiosos y religiosas de distintos orígenes, educadores de una buena parte del

pueblo chileno. Esta Iglesia tradicional se expresa en un fondo cristiano –y católico- que tenemos casi todos: el hábito de orar, de rezar el rosario, de tener en nuestras casas el crucifijo, en procurar que nuestros niños «tengan sus sacramentos» –bautismo, primera comunión, confirmación-, en que nuestros muertos sean despedidos en la Iglesia. En una cierta tendencia a ser «humildes, caritativos, pacientes y... resignados»., como reza la oración del Mes de María. Se expresa también en la concurrencia a los santuarios: La Tirana, La Candelaria, Andacollo, Lo Vásquez, Pelequén, Yumbel...

La Iglesia tradicional es muy firme, muy estable, Es fiel al pasado, a la tradición familiar, al sentimiento religioso, personal, íntimo. Es «visceral».

**b) La Iglesia crítica**

La segunda iglesia puede llamarse «crítica». Todos, cual más cual menos, pertenecemos a ella en ciertos aspectos. Descansa en el fondo tradicional que hemos evocado, pero modificado por los dos siglos de cambios culturales que también hemos recordado. Dos siglos de liberalismo, de radicalismo, de laicismo, de anticlericalismo, de agnosticismo, de desarrollo de la educación y de la cultura al margen de la Iglesia; un siglo de contestación del orden establecido, de reclamo de justicia y de igualdad, de socialismo y de marxismo; un siglo de protestantismo, de evangelismo, de pentecostalismo; un siglo de pluralismo religioso, de indiferencia religiosa y, a veces de fanatismo religioso; y un medio siglo de consumismo y de permisivismo, de idolatría del dinero y del placer: todo esto hace mella, en los católicos como en los demás. No se deja necesariamente de ser católico pero se «critica» esto o aquello, se «discrepa» en tal o cual punto, incluso uno se siente a «mil leguas» de tal o cual planteamiento. En el límite, uno deja de ser católico y, sin embargo, algo hay en uno que sigue siendo católico. Y, a veces, sin saber bien por qué, se vuelve a la fe, a la pertenencia a la Iglesia de nuestros orígenes.

**c) La Iglesia actual**

Y tenemos por fin la Iglesia «actual». Es la del clero, -obispos, presbíteros y diáconos-, de los religiosos y religiosas, de los laicos comprometidos, de las parroquias y de los colegios católicos, de la

catequesis preparatoria a los sacramentos, de las clases de religión y de la animación pastoral de los colegios, católicos o no confesionales; de las obras asistenciales, de los movimientos apostólicos de laicos. Es una Iglesia organizada, dedicada, infatigable. Ella no solo se mantiene, crece en número, en calidad, en experiencia, en entrega apostólica, y al mismo tiempo ayuda a mantener vivos la fe, el culto y la moral de la Iglesia «tradicional». Y trata de entender la Iglesia «crítica», dialoga con ella, la atiende espiritualmente.

Se pregunta a menudo a los católicos: «¿qué piensan los «católicos» sobre tal o cual tema?» Si se busca pronunciamientos oficiales de la jerarquía –de Roma o de los Obispos chilenos- allí están las Encíclicas, las Cartas Pastorales y otros documentos de carácter «oficial». Si se quiere saber lo que piensa el pueblo de Dios, en los mil temas que la jerarquía no siente la necesidad de definir con autoridad, ya sabemos que en el pueblo de Dios hay diversas sensibilidades, la tradicional, la crítica y la actual y en cada una de ellas mil matices, según la cultura o la experiencia de cada cual. Esto mismo hace difícil interpretar rectamente los datos estadísticos que proporcionan las encuestas o los censos. Los católicos andan vestidos con trajes de arlequín, compuestos de mil partes diferentes, según la edad, la cultura o el ambiente de cada cual. Los católicos son seres libres: cada cual piensa según su criterio y su conciencia. Su común referencia es el Evangelio y la enseñanza de los apóstoles y de sus sucesores. «En lo fundamental, unidad; en lo discutible, libertad; en todo, caridad», enseñaba San Agustín.

# Segunda Parte
# EL MUNDO EN BÚSQUEDA DE SENTIDO:
## Religión y ética en 2006

# I. IGLESIA, POLÍTICA, SOCIEDAD Y CULTURA

## 1.- IGLESIA Y POLÍTICA: LAICIZACIÓN

Las relaciones entre la religión y el poder civil no han sido fáciles a través de los siglos. «Dad al Cesar lo que es de Cesar y a Dios lo que es de Dios» es una fórmula que plantea el problema más que lo resuelve. Porque la pregunta que sigue es: ¿«qué» es de Dios? y ¿«qué» es del Cesar? Y esa pregunta no tiene respuesta fácil.

A veces el poder religioso y el poder civil comparten la misma fe. Y esto facilita el acuerdo, pero también lo complica. El Rey obedece al Papa en cuestiones de fe pero quiere ser obedecido por él en cuestiones de política. No siempre es fácil distinguir entre unas y otras.

A veces es la Iglesia la que quiere aprovechar el poder del Estado para que la ayude en su labor apostólica y pastoral. Quiere, por ejemplo, un Estado católico, al servicio de la Iglesia católica. Pero si hay en el país ciudadanos que se han apartado de su religión, o que pertenecen a otras religiones, o son sin religión ¿puede el poder político imponer normas que solo son aceptables para los que pertenecen a la religión establecida? Este conflicto se ha dado mil veces, con diversas religiones y con diversos Estados.

Otras veces es el Estado el que quiere aprovecharse de la Iglesia, o incluso controlarla, para que ella, con su influencia, le ayude a gobernar un pueblo unido, obediente y sumiso. Pretenderá separar a los obispos de su país, del Papa, impedirá el contacto entre él y ellos, negará la salida de la contribución de los fieles de su país a la Iglesia universal o impedirá la difusión de los mensajes del Papa dentro de su reino.

En algunos casos, las tareas se reparten entre el Estado y la Iglesia. Ella se hace cargo, por ejemplo, no solo del culto o de la sustentación del personal apostólico, sino de la educación, de la asistencia social, de la atención de los enfermos, de la cultura. Y el Estado la exime del pago de impuestos y le deja el libre uso de los bienes que le dan los fieles para asegurar la prestación de esos servicios.

Cuando se pierde la unidad religiosa en un país porque muchos

se han apartado de la religión tradicional o porque se desarrollan otras religiones en ese mismo país, las cosas se complican para el Gobierno: ¿a cuál religión ayudar? ¿o si a todas, en qué proporción? ¿o a ninguna?

Y se complican más las cosas cuando el poder político pertenece a una de las religiones existentes en el país y es contrario a las otras. De allí que Lutero acuñara el principio: «cujus regio, ejus religio», «la religión del príncipe es, o debe ser, la religión del pueblo», poco satisfactorio desde un punto de vista teológico pero adecuado para mantener la unidad del reino.

El problema se volvió particularmente agudo en los países católicos de Europa Occidental, en los que la religión católica era parte de su historia, cuando los gobiernos se volvieron laicos o anticatólicos y quisieron limitar a un mínimun la influencia de la Iglesia en el país, y la Iglesia luchó por mantener su influencia, su servicio al país y su acción apostólica y pastoral.

Es entonces cuando aparece el concepto de «laicización». El Estado, por medio de leyes y de medidas administrativas, pretende cortar todo vínculo entre el Estado y la Iglesia –separación de la Iglesia y del Estado-, y reducir a un mínimo la influencia de la Iglesia en los ciudadanos.

Esto ha ocurrido entre la Iglesia Católica y el Estado, neutro y laico, en países europeos o americanos, Chile entre otros. Pero ha ocurrido y ocurre en circunstancias un tanto diferentes entre otras Iglesias –ortodoxos, protestantes- y otras religiones –el Islam, por ejemplo- y otro tipo de Estados y las soluciones han sido muy diversas. En ciertos países islámicos no hay diferencia entre la nación y su religión, entre la vida civil y la vida religiosa: una y otras son regidas por el Corán, por la enseñanza de Mahoma. Es la «sharia», la vida de acuerdo con las enseñanzas del Profeta. Mahoma fue jefe religioso, político y militar, y también lo fueron al menos los primeros «califas».

En otros casos el gobierno se declara enemigo de la Iglesia, se declara ateo, rechazando toda religión y se vuelve perseguidor de todo aquel que profese tener una fe religiosa.

En la etapa actual de la modernidad se dan dos factores nuevos. El Estado se declara «neutro» ante el hecho religioso. No interfiere con las creencias de los ciudadanos o con sus prácticas o vivencias

religiosas mientras estas se sometan a las leyes. Y le niega a la religión todo reconocimiento público y todo apoyo económico, sin perjuicio de poder mantener con ella relaciones de mutua cortesía, o de común interés, como ocurre en Chile. Las Iglesias, por otra parte, aceptan la neutralidad del Estado, acatan las leyes del país y solo piden que se les deje desenvolverse a la medida de sus propias fuerzas.

Hubo un tiempo en que el Estado –siguiendo el ejemplo de los países en los que las Iglesias tenían gran influencia en la política- se creyó llamado a guiar él a los ciudadanos en el orden ético o filosófico. Los primeros gobiernos laicistas impusieron una «ética» en la vida del país, promoviendo valores como los de la familia, del patriotismo, del trabajo, de la filantropía...

Los regímenes totalitarios fueron mas lejos. Desde el gobierno pretendían eliminar la religión e imponer una «ideología» que tenía mucho de seudo-religioso: el ateísmo, el culto de la raza, la exaltación del proletariado, la difamación de la burguesía, la organización socialista de la sociedad...

Esos tiempos pasaron. El Estado, por lo general, ya no se mete con la religión. En los países del Europa del Norte se mantiene una «religión de Estado» –Inglaterra, por ejemplo, o los países escandinavos-, pero la tendencia es a terminar con la dependencia de la Iglesia, anglicana o luterana, del Rey o de la Reina. Esto es facilitado por el debilitamiento de la práctica en esas iglesias y la indiferencia generalizada en materia religiosa entre los ciudadanos.

La religión ya no es, en nuestros países, problema político. La laicización ya está completada y aun la separación de la Iglesia y del Estado. Y ambos parecen mas o menos conformes. Las Iglesias, mas que al gobierno, miran a la sociedad y allí aparece un nuevo problema, menos agudo pero más profundo: la «secularización».

## 2.- IGLESIA Y SOCIEDAD: SECULARIZACIÓN

El problema de la Iglesia, para bien o para mal, ya no es tanto con el Estado. La Iglesia ha renunciado a contar con el Estado para apoyar su anhelo de penetrar todos los ambientes de la vida del país. Una uniformidad neutra y laica tiende a borrar poco a poco las profundas huellas que, en nuestro país y en tantos otros, la

Iglesia había impreso, desde la santificación del domingo o el ritmo de las vacaciones, sincronizado con el del año litúrgico, hasta la presencia del crucifijo en las escuelas o en los hospitales... Se mantienen gestos simbólicos como el Te Deum de Fiestas Patrias, pero compartido ahora con otras iglesias cristianas, con el judaísmo y con el islam. La Iglesia sigue proclamando en alta voz su parecer ante las grandes decisiones éticas que toma el país: contracepción, divorcio, aborto... pero, como en todos los países del mundo, prevalecen en los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, los criterios modernos, aceptados hoy día, en forma mayoritaria, en todo el mundo occidental.

Para el Estado moderno, la Iglesia es, como tantas otras instituciones, parte de la sociedad. Representa una de sus «identidades», una de sus «sensibilidades», que debe ser tomada en cuenta al igual que otras identidades, mas aun siendo, en muchos aspectos, mayoritaria. En muchos casos, la sociedad permite a la Iglesia conservar o recuperar lo que el Estado le había hecho perder: en la educación, por ejemplo. Pero la sociedad utiliza de la Iglesia lo que a ella le conviene, ciertamente no todo lo que la Iglesia quisiera darle. Es así como, mientras muchas prácticas sacramentales que la Iglesia presenta como obligatorias, van disminuyendo en muchos, se mantiene firme en otros la costumbre y el deseo de acudir a la Iglesia en las grandes ocasiones de la vida como un matrimonio o un funeral. El presidente de Francia, Francois Mitterand, agnóstico, tuvo un funeral en Notre Dame de París y el Príncipe Carlos de Inglaterra se casó con una divorciada, recibiendo una bendición de un Arzobispo anglicano. Y son muchos los que insisten en casarse por la Iglesia, aun no teniendo fe, por el prestigio del rito.

Pese a estas y a muchas otras aparentes excepciones , hay un proceso de secularización que avanza, al menos en el mundo occidental al que, en muchos aspectos, pertenecemos. La Iglesia ya no ocupa en la vida de los fieles el lugar que ocupaba hace un siglo. Y no necesariamente por la baja de la fe o de la piedad, aunque ella también existe, sino por los cambios de la vida. El televisor, por ejemplo, y los distintos medios de comunicación tienden a mantener la gente en las tardes en sus casas y disminuye la afluencia al Mes de María. El automóvil, la facilidad del transporte por bus, el turismo, el deporte invitan a muchos a pasar el fin de semana en el

campo, en la montaña o en la playa y disminuye la asistencia a los oficios parroquiales. El comercio no puede dejar de atender el domingo, único día en que muchos pueden salir a comprar y la ida al supermercado o al mall se ha convertido para muchas familias con niños en parte de la celebración del domingo, en detrimento de la asistencia a Misa.

La secularización, sin embargo va mucho mas allá. El mayor nivel de educación de la población abre al interés de la gente nuevas oportunidades de participar en actividades culturales, le revela horizontes muy amplios, hasta hace poco insospechados, incluso en el orden religioso o ético y la propuesta de la Iglesia aparece como limitada, un tanto anticuada, menos atrayente que las mil ofertas que proponen los medios o que se descubren a través de los viajes, los estudios universitarios o simplemente la lectura de los mil libros que se nos ofrecen.

La práctica religiosa tiene hoy día el carácter de una «opción», libremente tomada, más que de una «obligación» o de una «tradición» a la cual nos sometemos por obediencia o por costumbre.

La sociedad chilena sigue siendo, en gran parte, católica. Basta pensar en las grandes peregrinaciones, en los santuarios, en las manifestaciones de la piedad popular o en las tradiciones familiares, en la práctica de la moral de la Biblia y del Evangelio, o en la acogida al Papa Juan Pablo II en Chile; pero no cabe duda que una corriente secularizadora está en marcha. Una socióloga francesa, católica, se pregunta si el catolicismo, -al menos tal como se ha vivido en Francia hasta hace poco- no estará terminando. Un obispo francés titula un libro suyo, no sin amargura: ¿«Hacia una Francia pagana?»

La laicización es un esfuerzo «premeditado» de ciertos políticos por alejar del gobierno y del Estado toda influencia que pretendiera ejercer la Iglesia. La secularización es mas bien un hecho «espontáneo», colectivo, que corresponde a un cambio de vida y a un cambio de mentalidad, no es un hecho voluntario, y programado, aunque también puede serlo. Pero detrás del hecho social de la secularización, se esconde otro fenómeno, mas personal y más íntimo: el de la «descristianización» que vamos a tratar ahora, y, mas largamente, en los capítulos siguientes.

## 3.- IGLESIA Y CULTURA: DESCRISTANIZACIÓN

La Iglesia pierde la influencia que antes tenía en la nación; la pierde por intervención del poder político, de la legislación, de los organismos del Estado; pierde también la influencia que tenía, independientemente de toda acción del Estado, en la sociedad como tal. Pero, en la raíz de uno y otro fenómeno, como causa de ellos – y también como consecuencia- hay un cambio profundo en la mentalidad del hombre de hoy que lo aleja de la práctica religiosa, que lo aleja del cumplimiento de los mandamientos divinos y que lo hace poner en duda su misma fe. Es la «descristianización».

La descristianización no es solo un fenómeno «social». Es algo «personal», pasa por la mente y por la conciencia del hombre. Es un olvido de Dios, una indiferencia frente a El. Es una sensación de libertad conquistada frente a lo que antes lo ataba en conciencia. Es un alejamiento de lo que fue el centro de su vida síquica; un abandono del timón que gobernaba su quehacer en la tierra. La figura de Cristo, tal como la veía en el Evangelio, palidece, se desdibuja; de ser Dios hecho hombre, pasa a ser un personaje, legendario mas que histórico, mal definido, vaporoso, lejano. Y luego es la irrupción en la vida de todas las ideas, de todas las pasiones, de todas las experiencias que ofrece la vida; ante esta invasión de lo actual, de lo presente, lo religioso, lo cristiano, pasa a la categoría de recuerdos de infancia, de mitos, de dudas.

La descristianización es un proceso interior que contribuye a la secularización y es consecuencia de ella pero que tiene raíces muy profundas que vamos a tratar de desentrañar poco a poco. Veremos primero como el hombre moderno se ha ido «des-socializando» y «personalizando» en los últimos tiempos, desligándose afectiva y efectivamente de los vínculos sociales en los que, hasta hace poco se apoyaba: familia, terruño, iglesia, escuela, costumbres. Prefiere permanecer libre, una persona autónoma, solo frente al mundo. Y luego por el fenómeno de la «globalización» o «mundialización», el mundo entero se presenta ante él como disponible, alcanzable, atrayente, como un abanico de posibilidades entre las cuales él puede elegir, tomando o dejando a su gusto; y luego él tratará de llenar el vacío que le dejó su proceso de des-socialización y el ansia de desarrollar su persona, libre de toda atadura de tradición o de costumbre, con lo

que ofrece el mundo entero, no solo en objetos concretos o en posibilidades vitales sino en ideas, en creencias, en metas, en sugerencias, en ejercicios síquicos, en experiencias espirituales y hasta en nuevas religiones, nuevas para él. Cliente solitario, recorriendo con la mirada los múltiples alimentos que le ofrece un restaurante de «self-service», no sabe que plato elegir, ni si la dieta que termina por consumir es coherente en si misma o le conviene a su organismo. En todo caso, él la ha elegido libremente. De su cristianismo original pueden quedar algunos restos. Pero él ya no es cristiano. Su descristianización contribuye a la secularización de la sociedad a la que pertenece –o pertenecía- y se acomoda con la laicización impulsada, consciente o inconscientemente,por el Estado.

En las páginas anteriores hemos estudiado una problemática que ha sido básicamente, y es, la de Europa, y más especialmente de Europa Occidental y meridional y que se ha extendido a América; la llamada cultura occidental y mas específicamente la de los países católicos. Pero la historia nos da a conocer muchos pueblos en los que esta cultura no se da para nada. Ha habido y hay muchos hombres que no hacen distinción entre ser religiosos y ser hombres; para ellos la religión es inseparable de la personalidad; y es inseparable de la sociedad: sociedad y religión se confunden; y el poder político y el poder religioso son un mismo poder; una laicización al estilo francés o chileno sería no solo imposible sino inimaginable. Un caso tipo es el del Islam, el Islam histórico y, en buena parte, el Islam de hoy. Pero el caso se da también en otras religiones y sabidurías. El «sacerdote-rey» es parte importante de la historia, como lo es la «nación-santa». Europa también conoció esa forma de vivir la fe. El cristiano del medioevo no hubiera podido separar lo religioso y lo civil. Los mismos revolucionarios franceses del 89, el mismo Napoleón, irritados como estaban con la Iglesia, o agnósticos como eran, no podían concebir una Francia sin religión y sin Iglesia y la primera tarea de Napoleón cuando logró el poder absoluto fue firmar un concordato con el Papa para regularizar la situación religiosa del país.

No está dicha la última palabra sobre las relaciones entre política, sociedad y cultura y la fe y la vivencia religiosas. La situación de hoy es talvez un episodio pasajero dentro de un proceso vital que puede volver a imponerse.

# II. PERSONA Y MUNDO FRENTE A FRENTE

Se suele hacer partir de la década del 60, más en concreto de las jornadas de mayo 68, promovidas por los estudiantes de París, y de jornadas similares en Berlín, en Los Ángeles, en Santiago y otras capitales, el doble movimiento de «desocialización» y de «globalización», o si se quiere de «personalización» y de «mundialización» que es talvez la característica más notoria del mundo de hoy, o al menos de la parte del mundo que pertenece a la cultura occidental. Cultura, por lo demás que es desafiada hoy día por el resto del mundo. Porque Europa ya no es el modelo y el líder indiscutible de ese «resto» del mundo. Es, para muchos, la expresión mas despreciada y más odiada de la corrupción y del ateísmo. El «eje del mal» que, para el presidente Bush, pasa por Afganistán, por Irak y por Corea del Norte, para muchos africanos y asiáticos pasa mas bien por Washington, por Londres, por París y hasta por Moscú.

## 1.- LA PERSONA FRENTE AL MUNDO: DESOCIALIZACIÓN, PERSONALIZACIÓN

Hasta hace medio siglo nosotros pertenecíamos en gran parte, y por toda la vida, a nuestra «familia». El padre y la madre, los hermanos, los abuelos, los tíos y los primos constituían como un pequeño mundo que nos protegía del gran mundo y nos preparaba para entrar en el. El hogar familiar era nuestra primera y fundamental escuela. Y cuando nuestros padres nos llevaban al «colegio», este pasaba a ser para nosotros un segundo mundo al que pertenecíamos y al que seguíamos fieles hasta la muerte. Un inglés educado en Eton y en Oxford era un «etonian» y un «oxonian», para siempre. En Chile uno era salesiano, o del Verbo Divino, o del Instituto Nacional, para siempre.

Pertenecíamos también a una «iglesia», la de nuestra familia; católica, judía, musulmana, metodista o mormona, la religión imprimía su sello en nuestra vida. Uno era fiel a sus creencias y a sus prácticas hasta la muerte. Y un matrimonio entre dos novios de religión diferente debía ser negociado hasta sus últimos detalles,

pensando en la religión que seguirían cada uno de los cónyuges y sus hijos, antes de poder celebrarlo.

También éramos apegados a nuestra «patria» y al «terruño» en que habíamos nacido. Para un chileno, la bandera de la estrella solitaria, el himno patrio, la cueca, la empanada y la chicha; nuestros héroes, nuestras fuerzas armadas «que nunca habían arriado la bandera», todo eso era lo nuestro, lo habíamos bebido con la leche materna. Y también el terruño; uno era colchaguino o chilote, copiapino o chillanejo para siempre. Y donde fuera que lo llevara la vida, uno llevaba consigo la añoranza del terruño, de la patria chica y de la patria grande, como la del rancho o de la casona en que había transcurrido nuestra infancia.

El «apellido» era más importante que el nombre. Uno era Cárdenas, de los de Villa Alegre: eso lo decía todo, o casi todo, sobre uno. Como los viejos clanes escoceses , o las tribus de los árabes, o como los apellidos terminados en «ez», en «ich», en «son» o en «sen» en los diversos países y que recuerdan que somos hijos de tal o de cual, que tenemos una situación precisa en la escala de la vida. Hasta la «profesión» del padre se heredaba: había familias de abogados, de zapateros o de bancarios.

Hoy día el joven, en cuanto puede, se desliga de todas esas amarras. Siente que sus padres, más que ayudarlo a formarse, le impiden ser lo que él quiere ser, lo que, en el fondo, él es o cree ser. Escuela, iglesia, barrio o lugar en que nació, historia patria, folklore y emblemas patrióticos, todo eso le parece relativo, a lo más «pintoresco». Lo único importante para él es ser «él», ser «yo», una persona libre, creador de su propia vida, abierto a todos los horizontes, sin amarras, dispuesto a vivir su vida sin seguir a nadie, sin imitar a nadie y sin pedir a nadie que lo imite a él.

Es parte también de la manera de ser del hombre de hoy una gran insistencia en la sinceridad, en la verdad del momento, en el rechazo de toda doblez y de toda hipocresía, en la «autenticidad». Si dice que ama a alguien es porque lo ama y si dejase de amarlo, se lo diría. Esa misma sinceridad le impide «comprometerse» y, si se ha comprometido, le impide ser fiel: «cuando me casé con ella la quería y, de no quererla, no me hubiera casado, porque el matrimonio para mí es amor; ahora he dejado de quererla: ¿cómo voy a seguir con ella, ser su pareja, sin amor? Y algo parecido ocurre con la

vocación religiosa. Y en los mismos estudios universitarios: se congela una carrera porque «me desilusioné»; se cambia de carrera; se renuncia a sacar el título y se sale a viajar por el mundo en busca de otros horizontes. Ese es el hombre de hoy, y talvez el de mañana, hasta que llegue talvez un momento en que la realidad de la vida, la dura realidad nos ponga mas humildes y nos enseñe a no desperdiciar lo que tenemos, porque cuando lo hayamos perdido, no siempre lograremos algo mejor. Los pájaros nacen en el nido que para ellos hicieron sus padres y, con su pareja, construirán un nido para sus polluelos. Y sin el nido, no hay pajaritos.

## 2.- EL MUNDO FRENTE A LA PERSONA: GLOBALIZACIÓN, MUNDIALIZACIÓN

Un autor francés escribió un libro: «Religión a la carta», le puso por título. Pudo haberlo llamado «Religión, self-service». Ya no es la mesa de familia en que se comía la comida hecha por la mamá para los suyos. Ahora es el Mac-Donald o el Gatsby, o el restaurante en que uno pide el menú para comer lo que a uno le tinca.

La religión antes se servía en la mesa de familia que eran el hogar, el colegio, la parroquia. Hoy día se la busca por todas partes: en cualquier iglesia o secta antes desconocida por uno; en las sabidurías orientales; en la experiencia de maestros que nos ofrecen iniciarnos en su sabiduría; en los diversos esoterismos de que el ambiente está lleno. Y yo pruebo, elijo, cambio de decisión, a veces me quedo sin nada. Pero vuelvo a buscar, encuentro, me desilusiono y así me paso la vida.

Muchos gurúes del oriente, solicitados ávidamente por occidentales en busca de experiencias espirituales, llegan a la conclusión que el occidental de hoy no es apto para entrar en una experiencia espiritual seria. Porque, en realidad, no busca a Dios, se busca a sí mismo. No quiere comer, quiere probar solamente.

La búsqueda, sin embargo, expresa un vacío, un desasosiego. Y una esperanza. Uno cree oír a Pascal: «No me buscarías, si no me hubieras encontrado ya». Talvez para muchos hoy día la religión consiste en eso «buscar a Dios», sin saber muy bien «qué» es lo que se busca pero sí que «algo falta».

Piensan algunos autores que no es tan cierto que estemos secu-

larizados o descristianizados. Estamos como aburridos del pan de cada día, de la mesa familiar y buscamos otra cosa, pero tenemos apetito, queremos comer. Talvez se acerca el día en que descubriremos que la comida que teníamos en casa era buena pero que hacía falta presentarla mejor, como lo hacen los dueños de restaurante que saben muy bien que, tan importante como la comida puede ser la decoración del local, los manteles, la vajilla y la atención de los mozos. Y que para apreciar una buena comida puede ser necesario estudiar un poco de gastronomía.

Se reeditan todos los días los grandes autores espirituales, pasados y actuales, cristianos o no cristianos. Se multiplican las encuestas sobre temas religiosos. La gente busca, sin saber muy bien qué es lo que busca. Talvez haya algo en el hombre de hoy que lo invita a buscar fuera lo que tiene dentro de sí, a no reconocer el valor de lo que tiene y a ilusionarse con lo que no tiene. En todo caso el tema religioso no está cerrado para el hombre de hoy. Lo nuevo es que, como tantas otras cosas, se ha globalizado, se ha mundializado.

## III. DIVERSAS ACTITUDES FRENTE A LA RELIGIÓN

Hemos visto como, en Chile, la religión se ha visto «desafiada» desde hace cerca de dos siglos. Fue primero el liberalismo, que ya empieza a gestarse en el siglo XVIII pero se extiende y triunfa en el siglo XIX y sigue avanzando en el siglo XX, pese a las arremetidas totalitarias de ese siglo XX. Luego vino el socialismo marxista que llegó a dominar la mitad del mundo y, derrumbado en Rusia y en Europa y debilitado entre nosotros, sigue pujante en Asia, aun cuando combinado de alguna manera con el liberalismo. Vino después la crisis al interior del cristianismo, cuando el protestantismo y las iglesias que derivaron de el, apartaron a muchos fieles del catolicismo, hasta entonces única religión en nuestra patria, en nombre de la espontaneidad y de la inspiración, en contra de la jerarquía y de la institución. Vinieron después los días del economicismo –en parte derivado del liberalismo- del consumismo y del permisivismo. A lo largo de este recorrido la Iglesia ha perdido parte de su influen-

cia ante el gobierno –laicización-, ante la sociedad –secularización-, y ante la cultura –descristianización. Y la actitud del hombre de hoy ante el mundo y ante la vida ha cambiado –personalización y mundialización- de tal manera que la Iglesia, cuando mira fuera de sus muros al resto del país, se ve un tanto desconcertada, sin saber cómo adaptarse a estos cambios tan extensos y tan profundos. El mensaje cristiano es el mismo pero los llamados a recibirlo han cambiado en forma radical.

¿Cómo reaccionan las religiones, el cristianismo, las iglesias y en especial la Iglesia Católica Chilena frente a esta situación? Y no solo en sus dirigentes sino también en sus miembros: es el tema de este capitulo

## 1.- ACTITUDES DEL CREYENTE FRENTE A SU PROPIA RELIGIÓN

### a) Conservadores y liberales

En un primer tiempo, hubo «conservadores» y «liberales». Los primeros eran partidarios de no cambiar nada. Ellos estaban en la verdad y en el bien, ¿por qué cambiar?. Por el contrario, había que estrechar filas ante el adversario y reafirmarse en la fe de nuestros padres.

Los liberales en cambio –y hubo católicos liberales- pensaban que el mundo cambia, que los hombres cambian y que la Iglesia debe adaptarse al mundo y a los hombres de hoy, cambiando en todo lo que sea posible y conveniente, salvando la fidelidad a la religión en lo esencial. Pero no siempre se veía qué era lo que se podía o convenía cambiar y qué era lo «esencial», lo inmutable que había que preservar si se quería seguir siendo católico.

### b) Fundamentalistas y tradicionalistas

En el apego a «la fe de nuestros padres», apareció luego una nueva divergencia. Unos se aferraban a la fe de los orígenes, la fe de los tiempos fundacionales, el Evangelio, el Nuevo Testamento y le dieron menos importancia y estuvieron dispuestos a criticar y a renunciar a lo que, a lo largo de los siglos, les parecía haber sido inconsecuente con el mensaje inicial: son los «fundamentalistas».

Otros, por el contrario, se negaban a hacer distingos entre la

Iglesia de los comienzos y la Iglesia de la historia. Si la Iglesia es asistida por el Espíritu Santo, ella, en cada siglo, ha hecho lo que debía hacer y ha sido como debía ser. Y se mantenían fieles a la Iglesia del pasado y, en particular, a la Iglesia de las últimas generaciones anteriores a ellos, de antes de que ocurrieran todos estos cambios recientes. Son los «tradicionalistas». Lo que hacían nuestros abuelos y nuestros padres hay que seguirlo haciendo y hay que seguir siendo como eran ellos.

**c) Integristas y reformistas**

Se habla también de «integristas» y de «reformistas». Los primeros quieren ser fieles a su Iglesia, en todo, incluso en los detalles, tienden a absolutizar incluso lo que es, o parece ser, relativo. Temen que si se cambia, aunque sea un detalle, se abra una brecha y poco a poco todo se desintegre. Por eso se les llama integristas o integralistas.

Los otros piensan al revés: el peligro para la Iglesia está en no hacer a tiempo los cambios necesarios, en permanecer iguales en un mundo que cambia. Son partidarios de adaptarse a las circunstancias sin renunciar a lo esencial. Por eso se les llama «reformistas». Algunos de ellos incluso piensan, con cierto cinismo, que «reformar a tiempo es la mejor manera para que todo siga igual».

**d) Evangélicos y pentecostales, kerigmáticos y carismáticos**

En el mundo cristiano se advierte una división entre «evangélicos» y «pentecostales», entre los que se apoyan más en Cristo y los que se dejan conducir mas bien por el Espíritu Santo. Los primeros recurren en su ministerio, a la predicación «kerigmática», la proclamación de la fe al estado naciente, sin elaboración teológica. Los segundos recurren mas bien a los «carismas», intervenciones milagrosas del Espíritu, que se manifiestan, como en los tiempos primitivos de la Iglesia, en «don de lenguas» y sobre todo en «sanaciones», o sea en curación de enfermos por la sola fuerza del Espíritu, invocado en la oración de la comunidad.

## 2.- ACTITUDES DEL HOMBRE MODERNO FRENTE A LA RELIGIÓN

Ante la apertura del espectro religioso mundial por un mayor

conocimiento de otras religiones que la de uno, la que por muchos siglos se creyó la única, o por lo menos muy por encima de todas las demás, consideradas como cismáticas, heréticas o idólatras, han aparecido en los hombres personalizados y mundializados de hoy actitudes nuevas.

### a) Pluralismo,relativismo,eclecticismo, sincretismo, agnosticismo

Se suele pensar que todas las religiones se parecen mucho, que son igualmente verdaderas y buenas, o inútiles y perjudiciales, que sus valores no son absolutos sino relativos y complementarios y que es bueno que haya varias religiones para elegir y para combinar al gusto de uno: es el «pluralismo», la aceptación de varias religiones, no solo como una situación de hecho que hay que tolerar, sino como un enriquecimiento de la vida religiosa del que tenemos que alegrarnos. Es el «relativismo», que desconfía de las afirmaciones absolutas y prefiere las verdades a medias, más fáciles de combinar y de adaptar. Es el «eclecticismo», por el cual cada cual toma de cada religión lo que le conviene o lo que le gusta, sin preocuparse demasiado de si esas verdades parciales se articulan bien entre sí. Y es finalmente el «sincretismo», el esfuerzo por crearse una religión personal coherente con elementos tomados de diversas religiones.

El «agnosticismo» es la actitud de aquel que no entra en el problema religioso, o porque no se siente capacitado para entrar en el, o porque lo tiene por un problema insoluble en sí, o simplemente porque no le interesa.

### b) Tolerancia y fanatismo

Y hay, por último, dos posiciones contrapuestas en cuanto a la actitud subjetiva ante el hecho religioso en sí. La primera, muy en favor hoy día, es la «tolerancia». Hay una tolerancia que es expresión de indiferencia. Se acepta el pluralismo religioso como un bien y se piensa que al aceptar todas las religiones en pie de igualdad, se está reconociendo que no existe la religión verdadera, absoluta, exclusiva. Hay otra tolerancia que, adhiriendo en la fe a la religión que uno estima la verdadera, la única, lleva a respetar las otras religiones, aunque se les considere falsas o deficientes, y a creer

que se lleva a la religión verdadera en la libertad y en el respeto, siguiendo cada cual su criterio y su conciencia, no por imposición o por temor.

Lo contrario de la tolerancia es el «fanatismo». Para algunos, toda religión lleva al fanatismo. Pero no es así. El que se siente poseedor de la verdad absoluta y cree no deber tolerar el error, ni en la persona ni en la sociedad, olvida que el descubrimiento de la verdad supone en el hombre una buena disposición, la «buena fe»,que no se puede imponer ni forzar; que supone la convicción de que la fe es algo estrictamente personal e íntimo; y que, como decía San Francisco de Sales, «una gota de miel atrae más moscas que una taza de vinagre»; o, como decía Pío XI, «el testimonio de la caridad ha convertido más hombres a Cristo que la predicación de la verdad». Donde no hay amor, no está Dios. Si el fanatismo es expresión de odio al que no cree,o al que yo creo en el error, no va a convertir a nadie a la verdad de Dios porque Dios es amor, y nadie lo va a reconocer en un Dios al que se quisiera imponer por la violencia.

# IV. LA RELACIÓN DEL FIEL CON SU RELIGIÓN

## 1.-SER CRISTIANO ¿EN QUÉ CONSISTE?

Hemos hablado de descristianización. Los historiadores prefieren no usar este término. Dicen que es imposible medir objetivamente el grado en que un hombre es cristiano o ha dejado de serlo. Los sociólogos, por ejemplo, han usado mucho el porcentaje de asistencia a la Misa el domingo para medir la intensidad del compromiso católico. En tal país, o en tal parroquia, la asistencia a Misa ha pasado, digamos, del 25% al 7% en 20 años ¡señal de descristianización! No necesariamente, porque en el hábito de asistir a la Misa Dominical actúan muchos factores, entre otros el que ese católico puede estar yendo a Misa a otra iglesia, ahora que tiene auto y va donde quiere, o la escucha en la tele, porque no hay capillas cerca o el horario no le acomoda.

Para medir el grado mayor o menor de religiosidad de una

persona que pertenece a una Iglesia, como la Iglesia Luterana, los Mormones o la Iglesia Católica habría que considerar cinco factores.

**a) La fe**

El primero es la «fe», el creer, «believing» dicen los ingleses. El «acto de fe» es un acto personal, íntimo, subjetivo pero el «contenido de la fe» es objetivo. Los teólogos distinguen la fe «por la cual» creo y la fe «en la cual» creo. Tenemos el caso de un católico de hoy: tiene el Catecismo de la Iglesia Católica, o su resumen publicado recién: esa es la fe en la que él cree, la «doctrina» a la que él adhiere. Si la discute, si no está de acuerdo, si rechaza tal o cual punto de la doctrina, si cree en algo que es incompatible con la doctrina oficial, tiene problemas con su fe, con el contenido de su fe. Pero otra cosa es la intensidad con la cual él adhiere a lo que cree. El «martirio» era y sigue siendo un test de la intensidad de la fe. La fe es del orden del conocimiento de Dios. Es la culminación de ese conocimiento.

**b) El culto**

Una religión no se contenta con presentarnos una doctrina y estimularnos a adherir a ella por la fe. No basta con «conocer» a Dios y «creer» en El. Hay que «relacionarse» con El. Hay que «expresarle», en la oración, el amor y la adoración que por El se tiene y hay que disponerse a «recibir de El», en los sacramentos por ejemplo, la gracia que El dispensa: es el culto. Esto puede hacerse en privado. Pero, por lo general, se expresa públicamente, en comunidad. El culto puede ser espontáneo, libre, creativo. Pero puedo también, y esto es necesario cuando es multitudinario, ser organizado y dirigido: es el culto oficial, la «liturgia». Y este aspecto de la religión es tan notable que, durante siglos, aun países cuyo gobierno era anti-religioso han confundido la religión con el culto. Había «ministerios de los cultos», se hablaba de «diversidad de cultos» por hablar de diversidad de religiones.

Las iglesias suelen pedir a sus fieles la participación en tales o cuales actos de culto, en ciertos días o en ciertas ocasiones: Misa Dominical, ayuno, peregrinación. Hacerlo es «practicar» la religión, «practicing». No hacerlo es no practicar. Pero se puede evidente-

mente creer y no practicar, por diversos motivos, «believing without practicing».

**c) La moral**

Toda religión tiene una «doctrina» a la que se adhiere por la fe y un «culto» en el cual se participa. Pero tiene también una «moral», o sea nos manda hacer lo que Dios quiere que hagamos, aunque nos cueste y no hacer lo que Dios no quiere que hagamos, aunque nos atraiga. La moral de los judíos –y también de los cristianos-, se expresa en el Decálogo, los Diez Mandamientos. El que cumple con los mandamientos de Dios es consecuente con su fe. El que no lo hace es «como el padre Gatica que predica pero no practica»; aquí practicar se refiere más a la moral que al culto. Ser moral es portarse bien, «behaving». Por cierto que hay quien tiene fe, practica el culto pero tiene graves fallas en la moral.

**d) La pertenencia**

Fe, práctica y moral engendran en el hombre religioso un sentido de «pertenencia» a su religión, a su Iglesia. Soy ortodoxo, soy testigo de Jehová, soy musulmán, declara y esto excluye la pertenencia a toda otra religión que no sea la suya. Excluye el pluralismo religioso, el relativismo, el eclecticismo de que hemos hablado: «somos o no somos». Los ingleses lo llaman «belonging». Hay quienes ya no practican, apenas creen y llevan una vida inmoral y, sin embargo, siguen perteneciendo por mil motivos: recuerdos de infancia, tradiciones de familia... «Soy muy católico», decía uno de éstos, con entusiasmo, al reencontrarse, al regresar a su patria, con la religión de su familia y de su infancia, después de muchos años, «Muy «mal» católico confesaba, pero «muy» católico». El «belonging» sobrevivía a la crisis de todo lo demás.

**e) La conformidad**

Pero hay que considerar un quinto factor. Sobre todo ahora en que cada cual quiere ser libre y en que a pocos les gusta obedecer o seguir un criterio ajeno. Es nuestra actitud habitual para con nuestra propia Iglesia. Hay quienes le critican todo, aunque estén decididos a quedarse en ella. Hay otros, en cambio, que se sienten felices en su Iglesia y no la cambiarían por nada. La crítica interna puede

ser justificada, y aun saludable. Pero si es injusta o excesiva, puede hacer mucho daño. Entre la crítica permanente a mi Iglesia y el gozo de estar en ella debe haber un equilibrio sano. Pero esto vale para todas las comunidades humanas y la crítica debe tener siempre el carácter de una contribución para el mejoramiento de la comunidad a la que uno pertenece.

Debemos reconocer la gran variedad de actitudes en el catolicismo chileno –como en las otras religiones- que permitirían definir a quien es «más» católico o «menos» católico, tomando en cuenta las idiosincrasias y las culturas. La «fe del carbonero» no es la misma que la del teólogo tomista; la práctica de los «chinos» de Andacollo se asemeja poco a la liturgia de los monjes de la Abadía de Solesmes; la moral de un pelusa de la vega no es la de un puritano escocés; la pertenencia de una secretaria parroquial o de un funcionario del Vaticano no es la misma que la de un simple devoto de San Sebastián; y el grado de complacencia de un capellán de religiosas contemplativas no es comparable a la inquietud y a la crítica de quien trabaja, en condiciones difíciles, en la pastoral de la juventud. Probablemente la Iglesia, para ser universal, necesita de todos estos matices. Necesita también controlarlos con prudencia.

## 2.-DE LA IGLESIA GRANDE A LA CAPILLA CHICA

Se observa en la Iglesia Católica de hoy una tendencia de sus fieles a buscar una comunidad mas pequeña, más acogedora que la extensa parroquia o que los santuarios multitudinarios. Una comunidad en que uno se encuentra entre personas como uno, en la que se puede participar, tomar la palabra, contar su experiencia personal de Dios; en la que se preocupen por uno si se encuentra enfermo o triste; en que haya ayuda mutua; en que las decisiones se tomen entre todos. No importa que el pastor no sea muy sabio; prefiero que sea como yo, que hable mi lenguaje, que comparta mis problemas, que me considere como igual a él en la búsqueda de Dios.

Esto se da en la Iglesia católica en la proliferación de las «comunidades eclesiales de base». En torno a la Iglesia Parroquial se van formando 5, 10, hasta 40 de estas comunidades de base; poco a poco levantan sus capillas, sus salas de reuniones, organizan la

catequesis, una liturgia sencilla, un centro de asistencia social, alguna actividad para los jóvenes o para los ancianos. Aparecen y se van formando poco a poco catequistas, animadores de la liturgia, ministros de la palabra y de la Eucaristía, visitadores de los enfermos... A veces surge de la comunidad un candidato al diaconado. El párroco, convertido en misionero itinerante, recorre a lo largo del mes, todas sus capillas y comunidades, celebrando la Eucaristía y los demás sacramentos, predicando la palabra y apoyando espiritualmente a los responsables de la comunidad y a sus miembros.

Otro aspecto que toma este deseo popular de una comunidad mas íntima es el de los llamados «movimientos apostólicos». Pueden ser de la Iglesia Universal como Schöenstatt, los Focolares, los Legionarios de Cristo, los Neo-Catecúmenos, el Opus Dei, las fraternidades del Padre Foucauld, la Legión de María y tantos otros, o de carácter mas local como los Centros de Padres de Familia, o de Ex-alumnos de un colegio. Tienen en común una espiritualidad mas definida, una tarea apostólica concreta por realizar, una mejor atención espiritual, un mayor espíritu de comunidad. Una gran parte de la vitalidad espiritual católica proviene hoy día de estos grupos.

## 3.- EVANGÉLICOS Y PENTECOSTALES

En las iglesias protestantes sobretodo, pero también en la Iglesia Católica, se advierte una doble tendencia que, por lo demás, se acomoda con la tendencia a formar comunidades pequeñas y fraternales. Una es la tendencia «evangélica», cercana a los grupos fundamentalistas: la insistencia en volver a la etapa fundacional del cristianismo, -el evangelio «sine glosa» decía San Francisco, que fue un evangélico, en su tiempo-, a leerlo, a predicarlo, sin preocuparse demasiado de estudios teológicos o de estructuras jerárquicas –kerigma- pero con un gran amor a Cristo y un espíritu muy fraternal con los hombres.

La otra es la tendencia «pentecostal» o «carismática» que insiste en la presencia del Espíritu Santo en nuestro mundo cotidiano, en la búsqueda de su inspiración en cada momento de la vida, en la posibilidad del milagro, especialmente de la «sanación» de enfermos. Viven en el «entusiasmo» –presencia de Dios en uno- en el

clima espiritual de la Iglesia de los primeros tiempos.

Estas corrientes crecen vertiginosamente, especialmente en los ambientes populares, en los pueblos de África y de América Latina, que ven en ellos «su» religión, la iglesia de los pobres, de los humildes. Muchas de estas iglesias evangélicas y pentecostales nacen en las iglesias protestantes tradicionales. A veces siguen integradas en ellas: al nombre de su iglesia de origen agregan el adjetivo evangélico o pentecostal. Otras veces se separan, o nacen fuera de las iglesias establecidas y siguen su curso por su cuenta. Algunos han llegado a tener millares de fieles. Se cuenta de una de estas iglesias cristianas del África Negra, de una antigua colonia inglesa, que se ha trasladado en gran número a Inglaterra, incluso con su fundador, que reúne miles de fieles en un parque londinense cada domingo y cuyo pastor pide al Arzobispo anglicano que le permita usar para sus oficios la Catedral de Saint Paul, menos frecuentada hoy día por los anglicanos londinenses.

Estas pequeñas comunidades evangélicas y carismáticas han crecido considerablemente en América Latina y en África negra y serían los agentes de una sistemática penetración del cristianismo en China y en otros países.

# V. MIRANDO AL MUNDO

La situación religiosa es muy diferente en los diversos países y continentes del mundo y para las diversas religiones. Vamos a dar una mirada general al mundo de hoy, desde el punto de vista religioso. Veremos las semejanzas y las diferencias con la situación de nuestro país y trataremos de anticipar lo que el porvenir prepara para la religión o para las religiones.

## 1.-LOS PAÍSES

### a) Europa católica

La Europa católica coincide con el sur del continente: Portugal, España, Francia, Bélgica, Italia y algunos otros países. Allí floreció una cultura católica muy rica hasta la crisis de los años 60 en que se

empieza a advertir un descenso progresivo.

Primero fue la «laicización» -asunto entre las iglesias y el Estado- en que Francia llevó la delantera y en que el proceso alcanzó su máxima violencia, a comienzos del siglo pasado. Ahora es mas bien la «secularización», una crisis de la presencia e influencia de la Iglesia en la sociedad. Últimamente se advierte la «descristianización» de las personas, una crisis del criterio, de la conciencia y de la conducta de los europeos de hoy, personalizados y mundializados, desapegados de todo y abiertos a todo, que hemos descrito en buena parte de este libro. La promulgación, en todos estos países, y en pocos años, de leyes que autorizan el divorcio civil, los anticonceptivos, el aborto, la unión de homosexuales... es un indicio claro del cambio cultural que se ha producido.

**b) Europa protestante**

En la Europa del norte, en su mayoría protestante, la situación es diferente. En varios de esos países existen todavía las «religiones de Estado», de las que los Reyes o las Reinas son jefes supremos: Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega. Pero, con el crecimiento de la indiferencia y la baja práctica religiosas, la religión de Estado –anglicanismo o luteranismo, por lo general- aparece más como un rito tradicional o como una expresión patriótica que como una vivencia religiosa auténtica. Tiende a desaparecer. Las Iglesias prefieren estar libres y los gobiernos también.

**c) Europa Ortodoxa**

La Iglesia Ortodoxa, en los Balcanes o en Rusia, tiene una larga tradición de «cesaro-papismo», de total integración entre Iglesia y Estado, y en general de sumisión de la Iglesia al Estado, que los mismos gobiernos comunistas no han alterado gravemente. Terminada la dictadura que trató durante 70 años de extirpar toda huella de cristianismo, la Iglesia Ortodoxa vuelve a ser, poco a poco, la de antes y su relación con el Estado actual tiende también a ser la misma de antes.

**d) Estados Unidos de Norte América**

El caso de los Estados Unidos es diferente y resulta difícil de entender para los europeos. Los primeros colonizadores pertene-

cían a minorías religiosas que huían de las persecuciones a las que eran sometidas en Europa y querían vivir su fe libremente Cuando se estableció el Estado, este tuvo que ser «respetuoso» de la religión –los ciudadanos que lo integraban eran casi todos religiosos- pero tenía que ser «neutros» porque ellos pertenecían a grupos religiosos diferentes, protestantes casi todos ellos pero de distintas denominaciones. Cuando llegaron los católicos, irlandeses o europeos del centro y del sur, después latinoamericanos, se adaptaron muy bien a la situación: no le pedían al Gobierno que los ayudara pero sí le agradecían el respeto y la estima que manifestaba por la fe y por la vida religiosa, cualquiera fuera la religión del caso.

Estados Unidos no ha conocido, o muy poco, el anti-clericalismo y tampoco el clericalismo. Se ha acomodado al pluralismo religioso, con tolerancia pero sin indiferentismo. Ha sido teatro de grandes «revivals» religiosos, y del surgimiento de religiones o de sectas nuevas. Es, en el mundo, un caso aparte.

### e) América Latina

En gran parte pertenece a la tradición católica, de la Europa católica del Sur. Ha conocido, como Portugal y España y más todavía, como Francia, el proceso de laicización, pero se ha mantenido hasta ahora menos secularizada y menos descristianizada, aun cuando ambos procesos parecieran estar en aumento.

La característica, sin embargo, de la situación religiosa de América del Sur es el desarrollo acelerado de las Iglesias evangélicas y pentecostales y otras similares y, en menor grado, de «sectas» venidas de los Estados Unidos -especialmente en los sectores populares-, con cierta afinidad con lo que ocurre en Africa negra y en Asia.

### f) África

En África, especialmente en África negra, después de la partida de los colonizadores europeos, se ha advertido la solidez de la implantación cristiana en el continente –católicos, anglicanos y otros- que ha resistido a la descolonización. Pero, como en América Latina, están creciendo considerablemente los grupos «fundamentalistas» y «carismáticos» los que a menudo realizan una síntesis –especialmente en el aspecto litúrgico- con sus religiones primitivas. El

éxodo de muchos ex-colonizados africanos a los países de origen de sus colonizadores, ha creado una especie de corriente misionera en sentido inverso, no ya de norte a sur sino «de sur a norte» que interpela a la vieja Europa, que va perdiendo la fe, con una fe joven, consciente y dinámica, equivalente a lo que ocurre con la inmigración de los árabes y su fe musulmana.

El Islam prevalece en el norte de África y va penetrando poco a poco hacia el sur, muchas veces, como en el Sudan, en conflicto con los cristianos. También prevalece en África Oriental.

### g) Asia

El Asia de Lao Tsé y de Confucio , de Buda, de Zoroastro y de los antiguos sabios de la India o de la China ha sido recubierta por una capa de cultura europea moderna y los sabios de hoy son Adam Smith y Karl Marx. ¿Hasta qué punto? Es difícil decir. Un líder chino marxista se quejaba de la «indianización» de China ¿Qué quería decir? En Asia, la India ha sido históricamente el polo «espiritualista», China, el «materialista». Parece que, en los últimos años, aflojada un poco la dictadura política, el budismo, perseguido en el Tibet por el gobierno chino, estaría volviendo a entrar en el alma de muchos chinos de hoy. Se habla también de 40 a 60 millones de chinos que se habrían hecho cristianos por obra de evangélicos o pentecostales que trabajan en silencio, de persona a persona.

Corea del Sur tiene desde hace tiempo una Iglesia católica que prospera y que crece. En Japón, el cristianismo es respetado pero no hay conversiones o muy pocas.

El Islam prevalece en el sur del continente, desde Turquía hasta Indonesia, pasando por Paquistán y Bangladesh.

## 2.-LAS RELIGIONES

### a) El cristianismo

El cristianismo, lo estamos viendo a lo largo de este estudio, parece estar perdiendo terreno en la vieja Europa. Pero no ocurre lo mismo en todo el mundo. En América Latina, en África y, parcialmente, en Asia, el cristianismo, tanto en su forma católica como en su expresión protestante, está creciendo y creciendo en forma acelerada. Es un hecho que pese al envejecimiento y a la escasez de

los sacerdotes católicos en los viejos países de Europa, y aun de Estados Unidos, el clero católico en el mundo sigue creciendo en número, de año en año, aunque lentamente. Pero los nuevos sacerdotes son diferentes de los antiguos; hay muchos negros africanos, muchos de la India, de Corea, del Sudeste Asiático. Y más aun se multiplican los pastores de las distintas iglesias protestantes o de los grupos evangélicos o pentecostales y de las llamadas sectas: Mormones, Testigos de Jehová.

Es que el cristianismo, abandonado por los intelectuales y los adinerados está pasando a los pobres y a los sencillos, tal como lo preveía Cristo en el Evangelio. Eso sí que los pobres viven un cristianismo a su manera; ya lo hemos descrito: iglesias chicas y sencillas, fidelidad a la letra y al espíritu del Evangelio, liturgia propia, viva, pintoresca, con mucha música y mucho baile, en que el cuerpo arrastra al alma a dar gloria a Dios; docilidad al Espíritu, con tendencia a las grandes concentraciones multitudinarias, con acontecimientos, milagros producidos por la oración y por la fe, con sanaciones y con gran fervor apostólico.

Esta forma de cristianismo, sin grandes iglesias organizadas, sin teología muy desarrollada y con mucha participación popular está penetrando incluso en China, ya lo dijimos, donde se habla de 60 millones de nuevos cristianos, evangelizados de persona a persona por cristianos fundamentalistas y carismáticos que no dependen ni de una jerarquía ni del dinero extranjero.

En África, el cristianismo se enfrenta con el Islam. Muchos cristianos sufren la persecución y el martirio, como en el Sudan. Pero algunos especialistas ven más fervor religioso en los cristianos que en los musulmanes y piensan que se desarrollan más que ellos, en número y en fervor.

### b) El judaísmo

La realidad de la religión judía en el mundo es muy difícil de evaluar, sobre todo desde el siglo pasado que vivió el holocausto y la fundación del Estado de Israel. Parte de los judíos sienten que pertenecen a un pueblo odiado y perseguido y prefieren olvidarse, y hacer que los demás olviden, de que son judíos y asimilarse a los demás para vivir en paz. Otros confían más en la política que en la religión y han puesto su esperanza en el Estado de Israel pero lo

conciben como un Estado laico más que religioso. Los judíos religiosos a su vez se dividen en dos tendencias: los «conservadores» que se aferran al Antiguo Testamento, al Talmud y a las tradiciones de sus mayores y los «reformistas» que piensan que para subsistir como grupo religioso tienen que modernizarse y renovarse. El Estado de Israel es más laico que religioso; los elementos religiosos forman en el una minoría opositora. Y en la «diáspora», o sea entre los judíos dispersos por el mundo –y muy poderosos en algunos países como los Estados Unidos de Norteamérica- se dan todas las corrientes que hemos señalado.

Afectan también al judaísmo los matrimonios mixtos y la baja natalidad que son a la vez consecuencia de una baja de la fe religiosa y causa de ella.

Con el judaísmo religioso, los cristianos, por lo menos los católicos, suelen tener las mejores relaciones. Comparten la herencia del Antiguo Testamento y además su fidelidad en la fe y en la práctica de su religión, y la dignidad de su vida centrada en Dios.

### c) El islamismo

El Islam es una gran preocupación para el Occidente y para la modernidad. Porque es, en gran parte, su antítesis.

Primero porque la fe en Dios, en Alah, está en la base de todo. El musulmán es un hombre de fe. Cree en el absoluto. Y somete su vida al absoluto. La modernidad occidental es atea, agnóstica o indiferente. Acepta el pluralismo, es tolerante. El musulmán solo respetaba, en sus comienzos, a judíos y cristianos por tener como él fe en Dios y sentido de lo absoluto. Pero hoy día se ha dado cuenta que han perdido, en gran parte, esos valores. «Los musulmanes somos los verdaderos cristianos», suelen decir. Nosotros los vemos como fanáticos, intolerantes. Ellos nos ven como seres sin religión, sin fe, sin oración, escépticos sino ateos.

La moral musulmana es estricta. Ellos son rigoristas, nosotros, los occidentales somos permisivos. Los occidentales se escandalizan del trato que le dan a la mujer, recluida en su casa, obligada a taparse, dejando solo los ojos al descubierto. Ellos se escandalizan de la libertad de la mujer de occidente, de su destape y de la conducta de los hombres para con las mujeres. Ellos respetan a sus mujeres y cuidan de su dignidad. El occidental las utiliza como

objeto sexual, las prostituye, piensan ellos.

Para el mundo occidental, para Francia especialmente, la religión y la política son cosas diferentes y la laicización, o sea la separación de la Iglesia y del Estado, es un proceso terminado, sin vuelta atrás e incluso aceptado por las Iglesias. Para el musulmán, para el mismo Mahoma, el poder religioso, el poder político y hasta el poder militar son una misma cosa, todo al servicio de Dios, del absoluto. Muchas cosas han cambiado en 14 siglos y en el mundo musulmán se dan situaciones políticas muy diferentes en distintos países: Irán es una teocracia en que manda Dios por medio de un ayatolah; Turquía es un país laicisista. La influencia de Occidente, para bien o para mal, está presente en el mundo islámico. Y el mundo islámico ha perdido algo, o mucho, de su fuerza original. Lo mismo dirán ellos del cristianismo en el mundo occidental. Pero queda que el lenguaje de un ayatolah no es el de Bush, siendo ambos religiosos, a su manera.

Para los franceses que tienen en su país varios millones de musulmanes, provenientes de sus antiguas colonias, especialmente de Argelia, y con nacionalidad francesa, el problema es insoluble. ¿Cómo someter a un pueblo religioso, creyente, que no discute el absoluto de Dios, a una legislación esencialmente laica para quien el hombre religioso no es mas que un ciudadano y debe acatar las leyes de su país, aunque vayan en contra de los preceptos de su religión?

Esto no quiere decir que la única motivación de los musulmanes en su conflicto con Occidente sea religiosa o moral. Los musulmanes tienen muchas cuentas pendientes con los occidentales y estos con ellos. Están las invasiones de los turcos en el este y en el sur de Europa, y están las batallas de Poitiers y de Lepanto y están también las Cruzadas, el Imperio Bizantino y el Imperio Latino de Oriente. Están la colonización y la descolonización. Está el petróleo. Está el recuerdo nostálgico de la civilización islámica, que durante varios siglos, fue la mas avanzada del mundo, en filosofía, en las ciencias y en el arte. Están la invasión capitalista, la tecnología, el libre mercado. Están también Komeini, Bin Laden y las Torres Gemelas, Hussein, los talibanes y las guerras de Irak y de Afganistán. Pero en el fondo de las almas está el respeto y la fidelidad a Alah, al absoluto y una cierta idea de la dignidad del ser humano, de la

familia, de la hospitalidad, de la cultura, de la paz que no coinciden con muchos de los valores nuestros.

### d) Las sabidurías orientales

Muchos cristianos que se alejan de su fe, buscan en las sabidurías orientales, especialmente en la India y en el budismo, una respuesta a su inquietud religiosa, un camino para encontrar el sentido de la vida.

El yoga, con sus ejercicios; el budismo zen; el hinduismo con sus múltiples variedades; en China el confucianismo con su ética de la cortesía y del respeto a la autoridad; o el taoísmo con su mística atraen a los occidentales. Muchos, al parecer, inician ese camino pero son pocos los que perseveran. La moda religiosa no asegura la conversión del corazón. Pero, aun así, abre horizontes sobre la trascendencia o la inmanencia de lo divino, sobre la utilidad de un método, de una disciplina estricta para llegar a Dios.

Las sabidurías del Oriente no dejan de tener influencia en las espiritualidades de Occidente. Religiosos católicos, como los padres jesuitas Thierry de Melo y Valles han ayudado a muchos católicos a avanzar en la oración usando técnicas de las que los gurúes de la India son virtuosos y maestros.

Se habla también de una influencia del Oriente religioso y místico sobre la China mas positivista, más influenciada por el racionalismo y el economicismo liberal y además por el marxismo y los pensadores marxistas rusos.

La India puede dar una sorpresa. Se le ve entrando en el mundo moderno, multiplicando los contactos con la Europa y el libre mercado mundial. ¿Sus religiones y sus espiritualidades sufrirán el impacto de un mundo economicista y materialista, o ella podrá recordarle a Europa y a otros países el peligro en que están de «perder su alma»?

### e) Las religiones primitivas

Estando en Kenia, participando en un Congreso Mundial de «Religiones para la Paz», ONG mundial, en que participan fieles de todas las religiones del mundo, oí a un negro africano, de gran estatura, de voz atronadora y vestido con raro esplendor, hacer la defensa de su religión, la de los africanos primitivos, la que se bate

en retirada ante el avance de los islámicos por el norte y de los cristianos por el sur. «Ustedes, nos decía, nos llaman animistas, pero nuestra religión es la mas cercana al hombre y a la mujer en su vida diaria y en su manera de ser espontánea, la mas cercana a la familia, a la patria chica, a la tradición de los antepasados, a los animales, los vegetales y las cosas que nos rodean. Somos visceralmente religiosos, la religión es parte de nuestra naturaleza, de nuestra vida». El tono en que lo decía revelaba una convicción profunda.

La religión revelada necesita establecerse en una persona «naturalmente religiosa», para echar raíces. Talvez los hombres tengamos que aprender de nuestros hermanos «animistas» y de sus «chamanes» los elementos de la religión común a todos los hombres y hacernos así más capaces de abrirnos a la revelación divina. En todo caso, hay allí una reserva religiosa de la humanidad.

**f) Los esoterismos modernos**

Dicen que Freud, ya muy alejado del monoteísmo judío de sus antepasados, se volvió más y más supersticioso. Se rodeaba de fetiches a los que atribuía poderes extra naturales. Es que la superstición es connatural al hombre: es como un primer esbozo de la religión. O talvez como una última huella de ella. El Cardenal Newman decía que no creía que hubiera un hombre religioso que no tuviera al menos un pequeño porcentaje de superstición mezclada a su religión auténtica. Y esto no habla mal de la religión: pone en evidencia una de tantas limitaciones humanas.

Es un hecho que a medida que los hombres se alejan de la religión tienden a creer en toda clase de esoterismos: los horóscopos, el tarot, la kábala, el «new-age», el satanismo –incluso entre nosotros- y mil otras seudo espiritualidades, mezcladas con sicologismos, con tradiciones ancestrales que vienen de la noche de los tiempos, el cuco, el matoco, los gnomos, los enanos, los cuentos de hadas y mil seudo creencias de ese tipo acompañan a la humanidad desde siempre y la fría luz del racionalismo y del positivismo no han logrado disiparlos o superarlos.

De Marx y de Hitler se dice que tuvieron que ver con el satanismo, que habían pactado con el diablo, como el Fausto de Goethe con Mefistófeles, y que en él fundaban la confianza en su poder, poder sobrehumano. No debe ser fácil infirmar o confirmar esas

creencias pero el solo hecho que se hable de ello prueba que el tema del esoterismo es actual y, para muchos, candente.

El esoterismo es lo contrario de la religión. Si la religión es luz en la vida del hombre, el esoterismo es su sombra. Pero está allí, como un testigo de la misma religión que pretende negar o contradecir.

## VI. ENTRE DOS SETS DE VALORES: ¿LA BIBLIA O EL HOMBRE?

La sociedad funciona con dos sets de valores éticos. Un set, muy antiguo y muy probado, que es el de los valores de la Biblia, de origen divino, para judíos y cristianos, quienes lo mantienen y difunden entre nosotros. Y un set de valores modernos, que son de creación humana, que han heredado la tradición cultural y filosófica de la humanidad y que prescinden de cualquier intervención divina en la vida humana. Ambos sets de valores no son incompatibles, se interpenetran en algunos aspectos pero también se enfrentan, ya sea en la orientación general de la vida humana, ya sea en algunos casos concretos, como por ejemplo la licitud o la ilicitud del aborto voluntario, o del sexo fuera del matrimonio.

La opinión pública siente que hay dos morales en juego. Una, la de origen «divino», la tradicional, la que habla de bien y de mal, de virtud, de pecado y de vicio, y también de premio y de castigo eterno, y la otra, la moral de origen «humano», que, por una parte, pretende dirigir las acciones humanas para que se pueda vivir en orden y crecer armónicamente y en paz, y por otra parte, procura que el hombre pueda hacer un poco lo que le parezca, de acuerdo con su conciencia, con su gusto y con su respeto a los demás, sin que otros intervengan.

La diferencia esencial entre ambas éticas es su origen. Una es «heterónoma», es decir que es dada al hombre desde fuera de él, y dada a todos los miembros de la comunidad humana. Hay un Dios, fuera y por encima de la sociedad humana y de la conciencia humana, que dicta su voluntad a todos los hombres y a cada hombre. Por cierto que esto puede ser para su bien y el hombre cometer un

error al rechazarlo. Pero para los que no creen en Dios, o tienen de Dios una imagen negativa, el hombre no debe aceptar, en materia de ética, ninguna imposición venida de fuera.

De allí surge el deseo de una moral «autónoma», que los hombres se dan ellos mismos, basada en su propia razón, en la filosofía, en los progresos de la ciencia, en el ejemplo de sus héroes. Una moral que se puede retocar según las necesidades pero que es de nuestra propia responsabilidad y conforme a nuestra dignidad, no a una voluntad ajena a nosotros o, dirán algunos, a un error o a un engaño respecto a la existencia de esa autoridad.

Vamos a presentar estos dos sistemas de valores, estas dos éticas, que se nos propone, con la mayor objetividad posible, señalando en que se diferencian, parcial pero claramente, la una de la otra. Daremos por sinónimas las palabras «moral» y «ética», aun cuando la etimología y el uso establezcan ciertas diferencias de matices entre ellas.

## 1.- LA ÉTICA DE LA BIBLIA

La Biblia, en su primera parte o Antiguo Testamento, es el libro de un pueblo, del pueblo israelita, o sea de los descendientes de un pastor nómada, que vivía en Ur, en Caldea y a quien Dios se le apareció, cuando se encontraba en Harran, camino a Palestina. Abraham «creyó» en Dios -es el padre de la «fe»- y Dios hizo alianza con él y con su descendencia. A lo largo de unos 18 siglos, de 1750 AC. hasta la venida de Cristo, decenas de israelitas, inspirados por Dios, pusieron por escrito tradiciones orales muy antiguas, relatos históricos, oráculos proféticos, leyes rituales, consejos morales, poemas... El conjunto de todos esos libros –alrededor de 50- fue reconocido por las autoridades del pueblo israelita, y después por las del pueblo cristiano, como inspirado por Dios.

Cristo fue un buen israelita, respetuoso y cumplidor de las leyes y costumbres de su pueblo Pero su enseñanza fue más allá de la del Antiguo Testamento. En el siglo I, una decena de autores, inspirados ellos también, recopilaron y pusieron por escrito episodios de la vida de Cristo y sus enseñanzas –sus «hechos» y sus «dichos»- narraciones de los primeros tiempos de la Iglesia, cartas de apóstoles a comunidades cristianas y una visión «apocalíptica» y, con estos

escritos, reconocidos por la Iglesia como inspirados por Dios, se constituye el Nuevo Testamento, el que los cristianos agregaron al Antiguo Testamento para formar la Biblia. Esta fue copiada, a mano, cientos de veces y traducida a distintos idiomas, hasta que San Jerónimo, en el siglo IV reunió los mejores manuscritos que encontró en griego y en otros idiomas y los tradujo al latín. Su traducción, llamada la Vulgata, sirvió durante siglos de texto oficial de la Biblia. Pero al desarrollarse, a partir del siglo XVI, los estudios bíblicos científicos, se ha vuelto a los textos originales hebreos o griegos y se les traduce directamente a los distintos idiomas.

La Biblia no es un texto de ética, pero de sus páginas se desprende una ética clara. Se expresa principalmente en el Decálogo –en el Antiguo Testamento- y en el Sermón de la Montaña- en el Nuevo. Pero la Biblia entera enseña una moral, a través de preceptos, pero sobre todo de ejemplos y de testimonios. Es la «ética bíblica».

Ahora bien: esta ética, promovida durante 20 siglos por las Iglesias cristianas, es la que, junto con la cultura greco latina y otros aportes, ha inspirado la cultura occidental y guiado su conducta en Europa y después en América y se ha extendido después, en mayor o menor grado, al mundo entero.

Durante los primeros tiempos de laicización, los que querían separar la Iglesia del Estado se cuidaron de no renunciar a la moral de la Iglesia, a la moral bíblica. Fueron radicales quienes en Chile se opusieron a que la ley de matrimonio civil, promovida por ellos, incluyera el divorcio civil. Este solo fue aprobado más de un siglo después. O sea, una cosa era alejarse de la Iglesia, como institución humana poderosa e influyente en la vida del país y otra era renunciar a la moral de la Biblia, a la que se consideraba indispensable, hasta para mantener el orden social y la convivencia nacional.

La moral bíblica consiste antes que nada en ubicarnos bien delante de Dios, en actitud de humildad, de adoración y de asombro. En percibir que Él nos ama y en reflejar el amor que Él nos tiene, hacia él y hacia todos los hombres del mundo.

Consiste en amar, en respetar, en defender y en promover la vida humana contra todo lo que la amenace: violencia, enfermedad, deseo de deshacernos de ella... «No matarás!

Consiste en promover y defender la familia, el matrimonio, el

tener hijos, porque la familia es la fuente de transmisión de la vida, es la que ayuda a la vida a crecer y desarrollarse y es el ambiente que necesita el hombre, no solo en los primeros años de su vida, sino también en su edad adulta y en su vejez. Y porque el hombre y la mujer son hechos para el amor, un amor exclusivo, estable y fecundo. «Honrarás padre y madre».

Considera el sexo como parte de la vida de la familia, el acto por el cual los esposos se complementan mutuamente, se expresan su amor y engendran a sus hijos y reprueba el sexo fuera del matrimonio, fuera del amor. «No fornicarás, no cometerás adulterio».

La moral bíblica promueve la justicia en las relaciones humanas y condena el abuso, el robo, la corrupción y la delincuencia. «No robarás».

Enseña también que los bienes materiales deben estar bien distribuidos entre todos según sus necesidades, y también según sus méritos, y que nadie debe apegarse a ellos más allá de lo que le sea necesario. Recomienda a todos la sobriedad, el desapego, la disposición a compartir con el que necesita. «No codiciarás los bienes ajenos».

Enseña a decir la verdad, nos ayuda a ser verdaderos, condena la mentira y la falsedad y recomienda la transparencia y, a la vez, la discreción. «No mentirás».

La moral de la Biblia se aprende en la enseñanza de los teólogos moralistas pero, principalmente, en el testimonio de los santos. Los del antiguo y los del nuevo testamento, los santos ilustres y canonizados y los santos que encontramos en la vida diaria.

Vamos a exponer ahora la moral de la modernidad, la ética laica. Y después veremos qué se reprochan mutuamente ambas éticas, y como podrían, los unos y los otros, superar sus limitaciones para adaptarse mejor a la realidad del hombre y del mundo de hoy y acercarse la una a la otra para ayudar más eficazmente al hombre en su camino hacia la felicidad en esta vida y en la eterna, aunque algunos no crean en ella.

## 2.- LA ÉTICA DEL HOMBRE MODERNO

Durante siglos los hombres han buscado su inspiración moral en el sentido común y en las enseñanzas de su religión. Pero, a medi-

da que el espíritu crítico fue creciendo en los hombres y se fue elaborando una filosofía natural ajena a toda revelación, o se pidió a la ciencia que diera a la ética principios seguros para orientar la vida, se confió más en la sicología, en la sociología, en la pedagogía, o sea en las ciencias humanas que en los preceptos divinos. Y se fue elaborando una ética «laica», por oposición a la ética «religiosa», y «moderna», por oposición a la moral «tradicional». La ética moderna no es en sí antirreligiosa. Prescinde de Dios, o de lo religioso, como de cosas que están fuera de su alcance o de su interés: es agnóstica. Pero, no pocas veces, critica la ética que se basa en consideraciones religiosas.

La ética moderna se interesa por la persona humana y por la sociedad humana. En cuanto a la persona, se basa mucho en la sicología, incluso en el aporte de Freud. Quiere librar al hombre de sus represiones sexuales, abrirlo al placer sexual, mostrar el lado positivo del sexo y del placer. Hace ver que las muchas exigencias de la ética bíblica –tal como se enseña hoy-, en lo referente al matrimonio y a la procreación, son muchas veces imposibles de cumplir y dan mayor importancia, en el amor humano, al placer y a la espontaneidad. Insiste más en la franqueza que en la fidelidad entre los esposos; en el agrado material y cultural de la vida que en tener y educar muchos niños; y se alegra de que los adelantos de la medicina y del derecho permitan al hombre de hoy controlar la concepción, terminar un embarazo no deseado, romper un vínculo matrimonial que estorba, gozar del sexo según su tendencia y su gusto.

La ética moderna, buscando bienestar para todos, condena la delincuencia, la corrupción, el abuso, la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil y todo aquello que va en contra de los derechos humanos. Se pronuncia a favor de la democracia, contra la dictadura o el abuso del poder. Y busca la justicia en las relaciones humanas, basándose en consideraciones mas pragmáticas que teóricas, como en el famoso «A theory of justice» del pensador norteamericano Rowles.

La moral laica da a veces la sensación de ser un «traje sobre medida» que cae bien y no molesta y se puede ajustar según las necesidades. La moral religiosa sería más como un «uniforme», al cual es el que lo lleva el que debe adaptarse.

Digamos por fin que hay muchas éticas laicas según el temperamento o el pensamiento de quienes las elaboran. Una era la ética de los «epicúreos», otra la de los «estoicos», en la antigüedad. Una es la ética de Kant y otra la de Nietzche. Y, entre los eticistas modernos, hay una gran variedad de principios y de aplicaciones.

Y, por último, hay que recordar que creyentes y no creyentes apelan a una moral «natural», común a todos los hombres: respetar la propia conciencia, no hacer a otro lo que uno no quiere que le hagan a uno, no mentir, no matar, no robar, acatar las reglas de la familia y de la sociedad..., que sería para unos una especie de denominador común de todas las éticas «humanas» y, para otros, la huella de una revelación «divina», impresa en la conciencia de todo hombre, anterior y preparatoria a la plena revelación divina, que transmite la religión.

Agreguemos que, entre la ley moral y las conductas morales, tanto en el caso de la ética de origen divino como en las de origen humano, se interpone una «educación moral», un entrenamiento para el cumplimiento de los preceptos y la conformidad de las acciones con los principios. Ambas éticas suelen usar argumentos y métodos diferentes para lograr que las conductas estén de acuerdo con las ideas.

## 3.- LA SITUACIÓN MORAL DEL MUNDO DE HOY

El valor de las éticas se mide por sus resultados, y particularmente por su capacidad de hacernos felices. Pero esta palabra es ambigua. Para unos le felicidad es en esta vida, aquí en la tierra, y no hay otra. Para otros la felicidad abarca una etapa terrenal que lleva a un destino definitivo y eterno y hay que sacrificar parte de la felicidad terrenal por la felicidad celestial. De tal manera que las críticas a la situación moral actual no son necesariamente las mismas de lado y lado.

Todos por lo general se quejan de la mala cualidad de la vida en común: de los grafitti de las murallas, de la manera atropelladora de conducir, de la falta de gentileza de trato con las mujeres, los ancianos o los niños, y más aun de la delincuencia, de la corrupción, de las disigualdades económicas excesivas, de la incapacidad de satisfacer las aspiraciones de todos los hombres en materia de

educación, de salud, de nivel de vida; de la falta de un control político y ético sobre el poder del dinero que aparece como anónimo e internacional, difícil de asir; de la droga en su doble aspecto de consumo y de tráfico.

Los que adhieren a una ética bíblica o religiosa, denuncian además el debilitamiento de la familia, el poco respeto a la vida humana: aborto, eutanasia, contracepción, la conducta desordenada de los jóvenes y también de los adultos, especialmente en materia sexual, el permisivismo, el excesivo materialismo de la vida, la idolatría del dinero, del status, el consumismo desenfrenado.

Los que siguen una moral laica se quejan mas bien de las restricciones a la libertad personal que aun subsisten, de la discriminación, en especial de la mujer, de la destrucción del ambiente natural –ecologistas, humanistas- de ciertas intervenciones religiosas – católica o islámica principalmente- que llevan a un rigorismo moral obsoleto o a un fanatismo intolerante con riesgo de violencia.

Por lo general la moral religiosa aparece como defensora de la familia y de una cierta cualidad de vida; a la moral laica se le atribuye más la defensa de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad.

Si sumamos las críticas que vienen de lado y lado constatamos en el mundo de hoy una especie de «angustia ética». Tenemos miedo y miedo los unos de los otros. Hay una sensación de inseguridad. Y esto se traduce a su vez en la multiplicación de los ansiosos, angustiados y depresivos y la de los sicólogos, sicoanalistas y siquiatras a los que ellos acuden: señal que algo anda mal en la mente del hombre moderno y en nuestra convivencia social.

Cabe talvez preguntarse si sería sensato descartar, así como así, un sistema moral que pretende ser de origen divino –y no olvidemos que la mayoría de los hombres del mundo creen en Dios, en una u otra religión- y que ha inspirado la cultura y la civilización europea y occidental. O si sería razonable no escuchar la voz del mundo de hoy con sus nuevos reclamos, sus nuevas necesidades y sus nuevas posibilidades. El humanismo laico debe respetar el humanismo religioso: la religión es parte de la humanidad. El cristiano, por otra parte, sabe que su Dios es el Dios de todos los hombres, que todos son hijos de Dios y han sido creados a su imagen y semejanza, o sea inteligentes y libres como El. Debe reconocer los

adelantos que corrientes laicas han impreso a la ética y debe cuidar de que su enseñanza ética no se limite a expresar principios absolutos sino que acompañe al hombre en el esfuerzo por actuar de acuerdo con esos principios en la realidad de la vida. Ambas corrientes éticas tienen que cooperar para guiar a los hombres en un momento difícil de la historia humana.

Otro aspecto de la responsabilidad de la ética moderna, que se practica especialmente en el mundo occidental, es la repercusión que esta tiene en otras latitudes. Los Estados Unidos suelen tener una doble influencia en el mundo, influencias contradictorias. Por una parte, en cuanto pueblo religioso, tiene tendencia a exportar al resto del mundo su fe religiosa, en una actividad misionera. Cuando las misiones europeas tienden a disminuir, la presencia misionera de los Estados Unidos sigue siendo fuerte y talvez creciente. Esto despierta reacción especialmente en el Islam que no quiere ser colonizado por el cristianismo, que rechazó la evangelización europea y ahora tiende a rechazar también la evangelización norteamericana.

Pero la influencia de los Estados Unidos en el mundo tiene otro aspecto, mucho más marcado. Los Estados Unidos exportan al mundo entero una manera de vivir, un estilo de vida y ese estilo es muy atrayente para los pueblos del Asia, de África o de América Latina pero a su vez causa violentos rechazos. La moral norteamericana es considerada por muchos pueblos como escandalosa, libertina, subversiva del orden moral natural y provoca un rechazo indignado. Los pueblos mas primitivos, o que nos parecen tales, aunque muchas veces son más antiguos que los nuestros en su cultura, suelen ser mas recatados, mas respetuosos de la mujer, mas apegados a la familia, más conservadores de sus tradiciones y la manera de vivir occidental y especialmente norteamericana les parece subversiva de la moral. Esto causa una dificultad adicional al diálogo entre Oriente y Occidente, entre el Norte y el Sur.

Hemos visto como las poblaciones del África, por ejemplo, crecen debido a una alta natalidad. Los países europeos, especialmente del norte de Europa, no se limitan a tener ellos una baja natalidad que hace que su número disminuya rápidamente y que sus países se vayan llenando con musulmanes o con paganos, sino que gastan millones de dólares o de euros, en reducir la natalidad de los países menos desarrollados, difundiendo prácticas de control

de la natalidad, procedimientos esterilizadores o incluso abortivos. Esto también es un motivo de rechazo del Occidente por parte del Oriente y del Norte por parte del Sur. Factores que deben ser tomados muy en cuenta cuando se piensa en una moral, en una ética que fuera aceptable para todos los pueblos del mundo y no solamente para una minoría decreciente de poblaciones.

Karin Ebensperger, en un artículo reciente de El Mercurio, nos recuerda que el recurso más escaso en el Occidente de hoy no es el petróleo, ni ningún otro bien material: es la «población».

Para mantener la población actual del mundo se requiere que cada mujer tenga, como término medio, 2.1 hijos a lo largo de su vida. Pero hoy día la natalidad en Irlanda, país tradicionalmente católico, es de 1.8, en Alemania y Austria 1.3, en Rusia 1.2, en Italia 1.2, y en España 1.1; o sea se puede prever la pérdida de varios millones de europeos en los años venideros.

En Chile hemos pasado en 10 años de 2.5 a 1.9; vale decir que ya hemos empezado el descenso. En cambio, en Afganistán el índice es de 6.7, en Nigeria de 6.8, en Somalía de 6.9; pese al SIDA y a la miseria, el Africa Negra crece vertiginosamente en relación con la vieja Europa.

Esto afecta también la relación entre el Occidente «cristiano» y el Islam. En 1970 el Occidente representaba 30% de la población mundial y el Islam solo 15%: había 2 occidentales por 1 islámico. Treinta años después, en 2000, los occidentales eran 20% y los islámicos 20% o sea las dos poblaciones se habían equiparado.

En Chile la fecundidad ha pasado de 5.4 en 1960 a 1.9 en 2006. La nupcialidad, o sea el número de matrimonios por 100 habitantes, ha pasado de 8.4 en 1988 a 4.2 en 2006. La edad media del matrimonio que, en 1980, era de 26 años para el hombre y de 23.4 años para la mujer, ha subido para los hombres a 29 años y para las mujeres a 28. En 1980 se anularon 36 matrimonios de cada 1000. En 2006 se anularon 244 de cada 1000. Por fin en 1960, 16% de los niños que nacían lo hacían fuera del matrimonio. En 2006 son 58% o sea nacen menos niños dentro de un matrimonio bien constituido que los que nacen de parejas ocasionales o inestables. Chile también participa de este problema demográfico.

Nos señala también Karin Ebensperger que los valores que los occidentales consideran como fundamentales y definitivamente ad-

quiridos: la libertad individual, la democracia, la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, el estado de derecho, son bastante escasos en el mundo. El 60% de los musulmanes que viven en Inglaterra, que tienen nacionalidad británica y que usan pasaporte británico, declaran que les gusta vivir en Europa pero que preferirían estar sometidos a la «sharia», o sea a la ley islámica, que a las leyes inglesas.

Se puede prever que la moral familiar moderna lleve a un derrumbe demográfico que arrastre consigo gran parte de los aspectos positivos de esa misma ética.

# VII. LA BÚSQUEDA DE SENTIDO

El hombre puede desconocer a Dios, pero no logra eludir su sombra. Descartada, para muchos, la religión, o sea un camino objetivo y conocido para relacionarse con Dios, queda abierto un sendero: la búsqueda de «sentido». El hombre moderno quiere encontrarle sentido a su vida, a la vida. Y sigue rondando en torno de los grandes temas en que el hombre expresó su búsqueda de Dios por si acaso quedaran huellas que puedan servir aun.

## 1.- ENTRE LA TRASCENDENCIA Y LA INMANENCIA

Las religiones y las sabidurías de Occidente han buscado a Dios por fuera y por encima del hombre y, a veces, hasta conviviendo con el hombre, casi a su mismo nivel, como en el caso del politeísmo de los griegos y de los romanos. Los orientales parecen pensar mas bien en un Dios interior al hombre, a nivel de su conciencia, de su vida íntima. Nos movemos entre la «trascendencia» y la «inmanencia», a veces, incluso, entre el «sustantivo» Dios, con su adjetivo «masculino» – ¿y por qué no también «femenino»?- y lo «neutro», «lo» divino. Nos resulta mas fácil dejarnos empapar o impregnar por algo que no tiene rostro, que no es persona pero que talvez purifique, dignifique, engrandezca nuestro ser, sin rivalizar con él, al no ser persona.

Al hombre moderno, más que tal o cual religión segura de ser la

religión verdadera, le interesan «las religiones», todas ellas, como otras tantas aventuras humanas, o creaciones humanas, para desentrañar el misterio. Porque misterio hay y búsqueda por aclararlo. Los caminos que otros siguieron pueden reservar algún hallazgo, alguna sorpresa para mí.

A algunos los atrae el «panteísmo». Dios es todo y todo es Dios. Ser divino es un atributo de todo lo que existe. Respuesta tan amplia que puede, por un tiempo, calmar muchas inquietudes.

Otros intentan mas bien el camino de la «introspección». La soledad, el silencio, la inmovilidad, el ayuno podrían crear en el hombre un estado especial que le permitiría penetrar en su interior por la meditación y descubrir dentro de sí mismo esa presencia misteriosa que puede iluminarlo. El cuerpo parece ser un obstáculo para llegar al alma. Pero el cuerpo puede disciplinarse y entrenarse con técnicas milenarias que enseñan posturas, movimientos, repetición de palabras, ejercicios respiratorios por los cuales se haría transparente al espíritu, al alma, al ser profundo y talvez por ahí aparezca el sentido de la vida, el sentido del ser.

## 2.- TEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA

### a) De Dios al hombre

El profesor de matemáticas debe saber matemáticas. Pero debe también conocer a sus alumnos, saber que interés tengan en estudiarlas, que capacidad tienen para entenderlas, que esfuerzo están dispuestos a hacer para asimilarlas. El teólogo, el que sabe más que otros acerca de Dios, el que, por ejemplo, conoce bien la Biblia, el libro de la revelación divina y la reflexión de los teólogos durante dos mil años sobre su contenido y quiere transmitir ese conocimiento adquirido, o su reflexión personal, a sus alumnos, necesita conocer a esos alumnos, a los hombres de su tiempo, y encontrar el camino por el cual logrará que su conocimiento de lo divino llegue a la inteligencia o al corazón de sus discípulos.

En la enseñanza de la ética católica, a la cual nos hemos referido, se tiene a veces la impresión de que los maestros dominan su materia pero que no entienden bien la situación concreta en que se encuentran sus alumnos frente a la enseñanza que quieren transmitirles.

Recuerdo a una señora angustiada porque se le había dicho que «la Iglesia condenaba los anticonceptivos», o sea, para ella, la «píldora» que ella estaba usando. Ella tenía ya seis hijos y quería tener más. Procedía de una familia numerosa y siempre había soñado con tener 10, 12 niños, «todos los que Dios le mandara» decía ella. Pero allí venían las dificultades. Su esposo no quería más hijos. Estaba cesante y no tenía de donde sacar plata para costear un embarazo, un parto y un niño más. La amenazaba con irse de la casa y dejarla sola, si ella quedaba embarazada. El le exigía, por otra parte, tener relaciones conyugales, pero con anticonceptivos. Además la salud de esta señora no estaba bien; el médico le desaconsejaba tener más hijos, al menos por un tiempo. Ella temía dejar a sus niños huérfanos. Y la casa era tan chica, ya no había donde poner una cama más. Ella quería a su marido y no quería que se le fuera y la dejara sola con su numerosa carga. No hallaba qué hacer. La prohibición del uso de la píldora, de la que acababa de imponerse, -y siempre había acatado las enseñanzas y la disciplina de su Iglesia- era la gota de agua que hacía rebalsar su precario equilibrio vital. Estaba desesperada. «¿Qué hago?» me decía.

Es claro que la función del moralista, y del pastor no se limitan a dar a conocer la doctrina, en forma abstracta, impersonal. Junto con el discípulo, debe buscar caminos para hacer posible su aplicación. Debe dilucidar los obstáculos que se le oponen, y ver como removerlos. Cómo acumular fuerzas para las grandes batallas que vienen, como, por fin, ayudar a una persona de buena voluntad a ser fiel en el cumplimiento de la voluntad de Dios y fiel a su conciencia y al mismo tiempo evitar el quiebre de una familia en que hay ya seis niños que necesitan de su padre y de su madre juntos. Se reprocha a menudo a los que proponen una ética de origen divino el no hacerse cargo suficientemente de las realidades concretas de la vida humana y de saber mas teología –ciencia de Dios- que antropología –ciencia del hombre- o, si se quiere, de saber matemáticas pero conocer poco a sus alumnos.

### b) Del hombre a Dios

Cuando hicimos un paralelo entre la ética de origen divino y la ética de origen humano, atribuimos a ésta última aportes muy importantes: los derechos humanos, la democracia, la preocupación

por los discapacitados, la promoción de la mujer, la defensa del ambiente. No es que la ética religiosa no haya propuesto desde hace tiempo estos objetivos pero nunca esto se había hecho en forma tan insistente y decidida como ahora y por impulsos venidos del mundo laico.

También se puede reconocer que una sana moral laica ha permitido mejorar también la vida de familia: la esposa, los hijos han podido desarrollarse mejor, sin tantas restricciones y temores como antes; los esposos jóvenes comparten más plenamente entre ellos la atención de los niños pequeños. Se logra en muchos casos, con la ayuda de sicólogos, un clima mas distendido que facilita cierto grado de felicidad.

Esto no debe extrañar al moralista que se atiene solo a la Biblia, a la Teología Moral o al Derecho Canónico. Para él todos los hombres, -ya lo dijimos- incluso los mas laicos o los mas ateos, son hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza, dotados como El de inteligencia y de voluntad y, por lo tanto, de la capacidad de hacer el bien... y de hacer el mal. El esfuerzo de los hombres, aun cuando desconozcan a Dios, puede ser positivo y fecundo y ayudar a construir una ética bien orientada.

Pero hay algo más. Así como Dios busca al hombre para hacerle el bien, el hombre también busca a Dios, a veces sin saberlo. Esta búsqueda de sentido de que estamos hablando es muchas veces, aunque no se tenga conciencia de ello, una búsqueda de Dios. Si queremos que los hombres encuentren a Dios, debemos seguir esos dos caminos. Por una parte –como teólogos- acercar Dios a los hombres, dándoselo a conocer en el lenguaje adecuado y con testimonios de vida. Y por otra –como antropólogos- acompañar a los hombres en su búsqueda de Dios hasta que lo encuentren y se cumplan en ellos las palabras atribuidas a San Bernardo «¡Que dulce eres, Señor, para los que te buscan! ¡Qué serás para los que te encuentran!»

## 3.- HUMANIZACIÓN DE DIOS Y DIVINIZACIÓN DEL HOMBRE

En su empeño por encontrar a Dios, o algo que lo supla como sería el «sentido», suele ocurrir al hombre rebajar el objeto de su

expectativa: renunciar al Dios trascendente, infinito, eterno, omnisciente, omnipotente... de las grandes religiones monoteístas y contentarse con un Dios mas humano, mas cercano, mas al alcance. Un Dios que sea como un hombre ideal, pero un hombre. Es Dios todo lo bueno que hay en el hombre, la dignidad, la solidaridad, el coraje. Dios se asoma a cada rato en la vida del hombre con un rostro humano, sencillo. Lo mejor del hombre eso es Dios y con eso se contenta: Dios es lo mejor del hombre. Dios es humano. El buscador de Dios lo humaniza para encontrarlo.

En sentido inverso aparece hoy día otra tendencia: es la del hombre que aspira a perfeccionarse, sin ponerse límites. Los griegos y los romanos pensaban que sus héroes iban conquistando, a lo largo de la vida, el derecho de ser dioses. Así también el hombre de hoy, algunos al menos.

Un ejemplo de esta tendencia lo da Luc Ferry, un escritor francés que siendo de formación laica, rechaza el conflicto entro lo humano y lo divino y, por el contrario, ve al hombre empeñándose, sino por ser Dios, al menos por crecer moralmente en tal forma que pueda pasar, hasta cierto punto a un grado de perfección humana que pudiera considerarse como casi divino.

Cuenta de algunas parejas de enamorados que son muy críticos del amor de pareja tal como lo ven en torno suyo e incluso tal como lo presentan los moralistas laicos o religiosos. Acusan a la Iglesia de haber, hasta no hace tantos años, aceptado e incluso aconsejado los matrimonios de conveniencia, arreglados por los padres, tomando en cuenta los intereses materiales de las familias, mas que un verdadero amor entre los novios. Tampoco están de acuerdo con limitar el amor humano al intercambio sexual por muy placentero que sea. Ellos aspiran a vivir el amor perfecto, que abarque al hombre y a la mujer en toda su riqueza, que una los cuerpos y las almas, que los haga crecer y crecer juntos, en forma armónica y no quieren contentarse con menos que la perfección del amor. Aspiran a un amor humano, pero divinizado, a un amor divino, pero logrado aquí, en la tierra, por el esfuerzo de dos seres humanos. No es la primera vez que el hombre aspira a la perfección, por sus propios medios, sin ayuda de un Dios que por lo demás ignora. Los «pelagianos», contra los cuales luchaba San Agustín y, antes que ellos los «estoicos» iban por ese camino. La ambición, por lo menos,

es noble, aunque al creyente le suene un poco a sacrílega.

Entre un Dios que se humaniza y un hombre que aspira a divinizarse, la distancia se va acortando, al menos ese es el anhelo.

## 4.- ¿REVANCHA DE DIOS O DESAFÍO DE DIOS?

Entusiasmados por algunas señales alentadoras de retorno de los hombres a Dios, no faltaron escritores que dieron por terminada toda crisis de la fe, de la religión o de la moral en el mundo de hoy. «El mundo de hoy es tan furiosamente religioso como lo ha sido siempre» escribía uno de ellos, Peter Berger, gran sociólogo norteamericano. Otro sociólogo hablaba de la «revancha» de Dios. Sin duda que hay señales de optimismo, especialmente para los que dejen la vieja Europa y miren a la joven África o a la joven América Latina. «La misión se ha invertido, dice uno de ellos, Philip Yenkins: antes era de norte a sur ahora es de sur a norte». Pero talvez no sea tiempo de cantar victoria, ni siquiera de plantear el tema en términos de victoria o de derrota.

Otros ven mas bien la situación actual como un «desafío» de Dios a los hombres: estamos metidos en un enredo, en una crisis: veamos como salir de ella; den los hombres los primeros pasos; El ayudará!

Una posibilidad sería que las mismas Iglesias cristianas europeas se renovaran y fueran recuperando el espacio perdido. Uno piensa en esas muchas comunidades nuevas, llenas de amor y de alegría, Sant Egidio en Italia, Enmmanuel o Les Beatitudes o las Comunidades del Padre Foucauld en Francia, Schöenstatt en Alemania, el Opus Dei o el Neo-Catecumenado en España, los Focolarini en Italia, los Legionarios de Cristo en México, y tantos otros brotes nuevos en una Iglesia vieja que podrían renovar la Iglesia católica europea y mundial.

Otros piensan en las posibilidades de un verdadero y entusiasta ecumenismo entre cristianos; superar todo lo que divide ortodoxos, anglicanos, luteranos, calvinistas y católicos, por fidelidad a Cristo que expresó su anhelo «¡que sean uno!» y, para servir al mundo: En eso reconocerán que son mis discípulos: en que se quieran los unos a los otros».

Se piensa también en una posibilidad de renovación del cristia-

nismo entero por la doble tendencia evangélica y pentecostal. Hay señales muy alentadoras, más en el tercer mundo que en el primero, pero también en el primer mundo y en el segundo.

Otros entreven la posibilidad de un verdadero encuentro entre el Cristianismo, el Judaísmo y el Islam, en el plano de la fe y de la moral, de la religión: los creyentes del mundo contra los agnósticos, los que adoran a Dios contra los ateos. Se evitaría la posibilidad de una guerra santa entre la cruz y el creciente. Habría que evitar también el riesgo de otra guerra santa, entre «los que creen» y «los que no creen», conflicto que solo se puede superar en el amor.

Algunos ven al mundo dividido entre el mundo de los pobres y el mundo de los ricos. Por un lado, el poder del dinero, de la empresa, de la técnica, de la ciencia, de las armas de destrucción, de la soberbia humana y del desprecio de Dios. Por el otro, el mundo de los pobres, de los negros del África, los morenos de América Latina, los amarillos del Asia: el mundo de los humildes, de los que tienen fe, de los que oran, de los que buscan la paz.

¿Ciencia-ficción? talvez, o en gran parte. ¿Esperanza? también. Digamos mas bien: desafíos. ¡Cuantas veces en la historia hemos visto realizarse sueños que parecían imposibles! Talvez el siglo XXI marcará un hito en la sucesión de los siglos.

# Tercera Parte
# LA IGLESIA CHILENA EN EL SIGLO XXI:
## Perfil, estilo y testimonio

# I. NUEVO PERFIL DEL CRISTIANO

## 1.- LO QUE DIJO «ECCLESIA IN AMERICA»

A fines del siglo XX, convocados por Juan Pablo II, se reunieron en Roma obispos de todos los países de América –desde Canadá hasta Chile y Argentina-,representantes del episcopado de cada país, para reflexionar sobre la situación de la Iglesia católica en América y para trazar líneas de futuro. Al terminar este Sínodo, el Santo Padre entregó un documento –«Ecclesia in America»- en el que resumía, completaba y hacía suyo este aporte de la Iglesia americana. Lo mas notorio del documento es el perfil que traza del católico del siglo XXI en nuestros países.

Será, nos dice «un hombre, o una mujer, que habrá tenido un encuentro personal con Cristo que le cambió la vida». Será un «convertido». O sea, no solo, como muchas veces hasta ahora, un cristiano por nacimiento, por familia, por tradición, -aunque nada de esto se excluya-, sino por decisión personal, por compromiso voluntario. Y esta decisión y este compromiso brotarán de un encuentro personal con Cristo –en la oración, en la lectura del Evangelio, en la vida de la Iglesia- que le cambió la vida y la actitud ante la vida. Por cierto que seguirá habiendo católicos por tradición –la Iglesia tradicional de la que hemos hablado-, pero los que abrirán cauces, darán testimonio, enfrentarán al mundo serán éstos.

Este encuentro con Cristo tendrá como efecto en el corazón del hombre, de este convertido, la entrada del «amor». La Iglesia suele atribuir al Espíritu Santo –que, a la vez que Cristo, es una persona divina- el encender en el corazón del hombre el amor. El amor es lo propio del cristiano, del católico. En otros tiempos, cuando vivíamos en «cristiandad», solíamos definir el cristiano por su mayor o menor cumplimiento de los mandamientos o de las prácticas de la Iglesia: un hombre «de misa dominical», un joven «de comunión diaria», una pareja «casada por la Iglesia». En adelante definimos al cristiano por el amor. Diremos, por ejemplo, que es cristiana, una enfermera que trata a sus enfermos con cariño; una madre que quiere a sus hijos y se esmera en educarlos bien y hacerlos felices.. Será cristiano el que ama de veras, el que ama a todos, el que am.

siempre, el que ama con sacrificio personal, el que quiere el mayor bien para todos los hombres.

Y finalmente será característica del cristiano el ser «solidario con todos los hombres». No a favor de estos y en contra de estos otros. Por cierto habrá que pronunciarse, a veces, a favor de unos y en contra de otros. Adversarios, sí pero enemigos, no. Queriendo a los unos y a los otros. Sin odio, sin fanatismo, queriéndolos a todos, sirviéndolos a todos, a la medida de las posibilidades. O sea: el cristiano, agente de paz, compasivo, servicial.

El Concilio Vaticano II, en «Lumen Gentium», dijo que la razón de ser de la Iglesia es formar santos. El producto propio de la Iglesia es la «santidad». La Iglesia es una comunidad de amor que vive la santidad y forma a la santidad. Que esto no siempre se transparente, no extrañará a nadie que sepa, por experiencia propia, qué difícil es ser santo. Pero lo comprenderán los que hayan conocido, de cerca o de lejos, a verdaderos santos, a un Alberto Hurtado o a una Teresa de Calcuta. La Iglesia católica no es esencialmente una asamblea de cardenales y de prelados, de teólogos y de canonistas, de hombres poderosos o influyentes por la ciencia o por la riqueza, aun cuando todo eso cabe en ella. Es una asamblea de santos, de hombres y de mujeres que creen, que aman y que esperan, unidos con Dios, llenos de su gracia y que aman y sirven a todos sus hermanos.

## 2.- EL CRISTIANO DEL TERCER MILENIO

De la mirada que hemos echado al mundo en que vivimos, al empezar el siglo XXI, se puede precisar el perfil del cristiano de hoy y de mañana. Cuando, hace ya muchos años, el Cardenal Mimmi, Prefecto de la Congregación de los Obispos, me anunció, en su oficina de Roma, que yo había sido nombrado Obispo auxiliar de Monseñor Manuel Larraín, Obispo de Talca, yo le pedí que me diera un consejo para mi nueva vida de obispo. Reflexionó un momento y luego me dijo: «Como obispo, no se preocupe demasiado de la administración o del financiamiento de su diócesis. Dedíquese a predicar la palabra de Dios: predique el Evangelio, la Buena Nueva». Con estas palabras él me recordaba que la Iglesia no es asunto de poder, de prestigio, de influencia: es asunto de santidad.

Por eso creo que el cristiano del siglo XXI será «evangélico», leyendo, meditando, viviendo y predicando el Evangelio. Y su predicación –no solo la de los clérigos sino también la de los catequistas y profesores de religión, la de los padres y madres de familia a sus hijos, -será «kerigmática», brotará del Evangelio como de una vertiente de agua pura, clara y refrescante. Y será «profética», como la de los profetas de la Biblia, que hablaban inspirados por Dios, de parte de Dios, con el estilo de Dios más que con las artes de los hombres. Mas fe que se vive y se transmite y menos pedagogía, menos didáctica, menos teología incluso.

Veo también el perfil del cristiano del siglo XXI como mas «pentecostal» que a lo que estamos habituados. Con una presencia sensible del Espíritu Santo en él, del Espíritu Santo que enciende en él el amor y lo hace solidario con todos los hombres pero también que lo llena de alegría, de paz y de gozo interior, de entusiasmo. Será «carismático» porque el Espíritu, sin hacer necesariamente a través de él milagros espectaculares, pondrá un sello divino, sobrenatural a sus ideas y a su actuar. La presencia viva del Espíritu Santo en él le comunicará un poder de «sanación» , o sea de aliviar los sufrimientos humanos, de purificar las conciencias enfermas, de comunicar paz a los hombres, animándolos a todos a poner ellos también su parte para que la acción del Espíritu Santo en ellos no encuentre obstáculo.

Será «comunitario», basado en la fe común, en la caridad fraterna, en la lealtad y en la docilidad a los pastores, sucesores de los apóstoles. Después de 20 siglos de historia, de una historia maravillosa y fecunda, de mucha santidad, aunque no exenta de pecados y de miserias, el siglo XXI verá revivir algo de la Iglesia primitiva, hará sentir la presencia activa de Cristo y del Espíritu en la Iglesia de hoy para salvación y para felicidad de los hombres de hoy.

Y será «testimonial». Los hombres de hoy leen peco pero ven. Nadie le pregunta a Luther King, a Madre Teresa, a Mandela o al Mahatma Gandhi sobre su religión pero todos admiran el coraje cívico al servicio de la dignidad de los negros; la caridad para con los moribundos; la paciencia para soportar años en prisión, dar testimonio de la justicia y triunfar por fin, sin asomo de rencor o de odio; o la capacidad de luchar por la independencia de un continente entero sin dejar disparar una bala. Sirvieron sus causas, jus-

tas y buenas, porque no lo hicieron con palabras sino con sus propias vidas. Así será el cristiano del siglo XXI; así lo es ya.

Los primeros cristianos veneraban a sus «mártires», a los que habían muerto, a veces en tormentos, por ser fieles a su fe. No se miraba los sufrimientos como una tortura indigna de quien la aplicaba. Los mismos mártires pensaban poco en los sufrimientos a los que se exponían. Tampoco los deseaban como si hubieran sido masoquistas. Lo único que ellos veían era la fidelidad a su compromiso con Cristo, la afirmación de su fe y de su amor a Dios, pasara lo que pasara. Más que los sufrimientos a los que fueron sometidos, la Iglesia admiraba en ellos su lealtad y su fidelidad con Cristo, el testimonio de su fe y de su esperanza.

# II. UN NUEVO ESTILO EN LA IGLESIA

## 1.- DEL «CLERO» AL PUEBLO DE «DIOS»

En nuestra Iglesia tradicional, la diferencia entre el clero y los laicos ha sido siempre notoria. Correspondía a una época en que gran parte del pueblo chileno era analfabeto o tenía solo la educación básica. El sacerdote en cambio tenía estudios de nivel universitario, sabía latín y tenía práctica en hablar en público. La homilía del párroco en la misa dominical, las prédicas de los religiosos en las misiones eran la fuente única del conocimiento de Dios –y aun del mundo- para la mayoría de los fieles. El catecismo se limitaba a memorizar un texto de preguntas y respuestas bajo la dirección de alguna señora de edad sin gran preparación teológica. Bastaba con eso en aquellos tiempos y no se podía hacer más.

Pero hoy día ya no es así. La educación básica, media e incluso universitaria ha llegado a todas partes. Y más que ella, la radio, la televisión, el internet. La voz del párroco o del misionero apenas se oye en medio de tantas voces, música y canto.

La tarea apostólica ya no puede ser solo del sacerdote, más aun si se considera que, mientras el pueblo crece en número, el clero mas bien disminuye. El sacerdote ya no tiene por misión única «pastorear» a su comunidad. Su misión es formar a los fieles en la

santidad para que puedan ellos ser los apóstoles de los demás. Donde antes había una parroquia de 5.000 habitantes, con un párroco y talvez un vicario cooperador, hay hoy día una parroquia de 40.000 feligreses, repartidos en 10 o más barrios o poblaciones diferentes, cada cual con su capilla, con sus animadores, responsables, guías, ministros de la palabra y de la Eucaristía, catequistas, misioneros, encargados de la asistencia social, de los campamentos de niños, de los clubs de ancianos... Todo funciona con laicos y el papel del sacerdote consiste en descubrir, preparar y apoyar espiritualmente a esos laicos, mas cercanos que él al pueblo de Dios, y que, aun cuando no puedan dedicarse por entero a su labor apostólica, por deber atender a su familia y a su trabajo, son más numerosos y están más cerca de la gente que los clérigos. El párroco se ha convertido en un misionero itinerante que, cuando visita una comunidad, predica la palabra, con mas conocimiento que los dirigentes laicos locales, por ser sacerdote, que celebra la Eucaristía y los demás sacramentos, con la ayuda de los laicos, y apoya espiritualmente a todos estos colaboradores.

Algunos de estos ministros laicos, casados y con familia, tienen la posibilidad de acceder al diaconado. El diácono es un clérigo –como el presbítero y el obispo- pero que vive la vida laical: tiene familia, se gana la vida con su trabajo.

El clero lo forman hoy día los obispos, los presbíteros y los diáconos; deben conocerse mejor, integrarse más, compartir una misma tarea, aportando cada cual su experiencia y sus ideas. Y el clero debe compartir la tarea apostólica con todo el pueblo de Dios, pero en particular con todos aquellos que desempeñan funciones específicas en su comunidad local, o a nivel parroquial, diocesano o nacional. Antes había «el clero» y «el laicado». Hoy día está el «pueblo de Dios», como una gran célula viva y el clero –obispos, presbíteros y diáconos- como el núcleo de esa célula que la ayuda a ser como debe ser. Y los religiosos y religiosas –que no son sacerdotes- son parte de ese pueblo de Dios, que se destaca en medio de el por su compromiso público de buscar la santidad, incluso con los medios extraordinarios de los «votos» de obediencia, de pobreza y de castidad y por el testimonio de su vida de oración y de servicio.

La primera preocupación del obispo es la atención de toda esa parte del pueblo de Dios que participa activamente en la Iglesia, de

que crezca en santidad y también en número y que dentro de ella se logre un equilibrio adecuado entre el obispo, los presbíteros, los diáconos, los religiosos y religiosas y los cristianos «comprometidos», y su crecimiento en santidad y en número para que crezca la Iglesia diocesana como una «comunidad de comunidades», unidas por una misma fe, animadas por una misma esperanza y viviendo un mismo amor.

## 2.- ACTUALIZACIÓN DE LA VIDA APOSTÓLICA

Nuestra «pastoral» es la de una Iglesia establecida, segura de sí misma, que se apoya en la tradición del país, en la cultura y en la sociedad chilena y especialmente en la familia, en la transmisión familiar de la fe. Es una pastoral que no toma aun muy en cuenta las cinco realidades que analizamos en la 2ª parte de este ensayo: la laicización, la secularización y la descristianización y, últimamente, la personalización y la mundialización.

Seguimos dando una importancia, talvez excesiva, a la figura del párroco tradicional, de las religiosas educadoras o enfermeras; a las instituciones católicas: colegios, obras asistenciales. Pareciera que hoy día son otros los acentos que se están marcando espontáneamente en la Iglesia porque son otras las necesidades ylas oportunidades que presenta el mundo, la sociedad chilena y el chileno del siglo XXI.

La labor del párroco debe ser más coordinada con los diáconos y con todo el equipo de cristianos activos, no solo en la comunidad parroquial central sino en todas las comunidades eclesiales de base que integran la parroquia. La participación de todos ellos en una «escuela de la fe», el apoyo espiritual del sacerdote, los retiros o jornadas de nivel diocesano o nacional mantendrán siempre vivo el espíritu de este pueblo de Dios, testigo y a la vez apóstol de Cristo entre los hombres. Las tareas eclesiales pueden talvez simplificarse. Hay un exceso de iniciativas locales que significan mucho esfuerzo y a veces muchos gastos y que podrían ahorrarse con servicios diocesanos o nacionales, sencillos, eficientes y aceptados por todos. Algo de eso lo hemos visto realizado en la catequesis. Por muchos años el «Oremus» ha servido de devocionario a toda la Iglesia chilena. El padre Jordá ha difundido a través de todo el país, a

precios muy baratos, un material de apoyo a la pastoral apreciado por muchos. La Biblia «latino-americana» ha contribuido enormemente a que centenares de miles de católicos chilenos tengan la Biblia en su casa. Pero se siente la necesidad de un esfuerzo a nivel nacional para dotar a todo el pueblo de Dios de los elementos básicos necesarios para vivir la fe.

Se siente también la necesidad de simplificar y uniformar a nivel nacional –y talvez a nivel ibero-americano- las acciones pastorales elementales, apoyando la pastoral en la liturgia y vice-versa –la pastoral de los «niños» en la Primera Comunión y en el acolitado; la de los «adolescentes» en la confirmación y el movimiento carismático; la de la «familia» en el Matrimonio y en el Bautismo; la del «sufrimiento», de la «muerte» y de la «vida eterna» en la Unción de los enfermos y las Exequias. Y de aprovechar la presencia ocasional de «multitudes» de fieles que no tienen un contacto habitual con su Iglesia –como en los matrimonios y en los funerales, en los santuarios, en las grandes fiestas- para dirigirles una palabra kerigmática, interpeladora y convocadora.

En breves palabras, la Iglesia debería simplificar y racionalizar sus tareas tradicionales de servicio a los católicos practicantes, en parte porque éstos disminuyen en número y también disminuye el número relativo de los sacerdotes. Debería ampliar su «personal apostólico» por el lado de los diáconos, de los ministros laicos y de los laicos que están dispuestos a prestar servicios pastorales; y liberar personal y energías para enfrentar las nuevas tareas que los esperan en el mundo «descristianizado» de hoy.

## 3.- ACTUALIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS RELIGIOSOS

Los seminarios y facultades de teología forman «teólogos». La Iglesia necesita teólogos, escrituristas, canonistas, historiadores... Pero mucho más necesita «santos», y santos que sean apóstoles y testigos en su propio ambiente de vida y que se dediquen a formar a otros como ellos.

Uno ve venir, en todas las diócesis del mundo, una «Escuela de la Fe», para la formación progresiva del pueblo de Dios. Con más estudio de la «Biblia» que de la «teología», y con un estudio de la Biblia que no sea tan erudito como espiritual y vital, en la línea de

la «lectio» que se practica en muchos monasterios. Más teología «fundamental» que teología «dogmática». La teología dogmática es para teólogos. La teología fundamental es para el hombre de hoy que quiere saber qué es la religión, qué es la revelación, qué es la fe, qué es la Iglesia.

Más «espiritualidad» que «teología moral» y «derecho canónico». Lo que más nos falta es el impulso para ser santos, es la oración, es el amor, es el testimonio de la vida, es el impulso apostólico.

La «historia del cristianismo» debe enseñarse como una sucesión de esfuerzos por hacer penetrar la levadura del Evangelio en las distintas harinas del mundo para hacer pan, el mejor pan posible, que una vez será pan de centeno otra vez una arepa de maíz pero siempre dispuestos a trabajar con la harina que sea y a hacer el mejor pan que se pueda, cuidando que la levadura no pierda su frescura ni su eficacia fermentadora. Y sin comprometernos con ninguna de las realizaciones logradas, a través de los siglos, no siempre perfectas, y difíciles de apreciar fuera del contexto en que se dieron; y dispuestos, como nos pidió Juan Pablo II. a reconocer errores y a pedir perdón por ciertos hechos censurables.

La «liturgia» se enseñará en diversos niveles. Una es la liturgia sencilla pero muy participada de una capilla de barrio, con guitarra y cánticos populares; otra la de las grandes celebraciones multitudinarias; y otra por fin, y que no se debe descuidar, la de una celebración de la Pascua de Resurrección o de una Ordenación de diáconos, de presbíteros o de obispos, con la música del órgano y el canto gregoriano. Cada una de estas liturgias tiene su lugar y su tiempo, su belleza y su perfección propias.

Y, en la base de esta educación de la fe, progresiva, permanente, abierta a todos, en distintos niveles, estará siempre la «catequesis». He oído decir, o he leído en alguna parte, que los obispos franceses, constatando el número decreciente de niños a quienes sus padres envían a la catequesis tradicional de preparación a los sacramentos, han pensado en darle la máxima importancia a una catequesis «de adultos», o mejor dicho «para todos», que plantee el problema de la fe ante un pueblo que no cree o que no sabe si cree o no cree, o que quiere creer, en una forma «kerigmática», yendo a lo esencial y con la fuerza del Espíritu, como la oferta de la Iglesia católica de hoy al mundo de hoy. Nuestra catequesis dirigida a los

niños y a los padres de familia, a los adolescentes o a los novios ha dado excelentes resultados pero se siente la necesidad de una catequesis para todos, de una proclamación de la fe que sea una oferta para todos y que sea dada en el lenguaje del hombre de hoy y a la conciencia del hombre de hoy.

## 4.- PLENA PARTICIPACIÓN DEL PUEBLO DE DIOS

Nuestra Iglesia puede dar la impresión de que el clero trabaja por atender a sus fieles lo mejor posible y que allí queda la cosa. Pero no debe ser así. Todos los cristianos trabajan –o deben trabajar- para convertir el mundo a la verdadera fe, con su testimonio de vida. Y eso supone una acción concertada de todos los cristianos y para eso tienen que ponerse de acuerdo, coordinarse, y esto bajo la dirección de los pastores, en fidelidad al Evangelio y bajo la acción del Espíritu Santo.

Fuera de la Iglesia que hemos evocado hasta ahora, la de las parroquias y comunidades de base, la de las instituciones católicas que dependen directamente de los obispos, hay poderosas corrientes espirituales que se relacionan solo a distancia con los obispos, con mucha reverencia por cierto pero con una gran independencia, sin participar, o muy poco, en la elaboración de los grandes proyectos, en el servicio de las grandes causas. Y eso debilita a la Iglesia.

Están en primer lugar las «congregaciones religiosas». Sin duda que están integradas a la Iglesia por el servicio que prestan en las parroquias o en las diversas instituciones católicas de enseñanza o de asistencia social. Pero su aporte específico, su carisma fundacional, su experiencia no se aprovechan bien a nivel de la Iglesia en general. Los franciscanos y franciscanas, por dar un ejemplo, participan en la Iglesia en cuanto atienden parroquias, colegios y otras obras pero les resulta difícil aportar a la Iglesia en su conjunto, su carisma, su espiritualidad de sencillez y de pobreza. Y lo mismo podemos decir de los jesuitas, de los salesianos y salesianas, o de las carmelitas. Nos gustaría verlos a todos contribuyendo activamente y organizadamente en los estudios y en las decisiones de la Iglesia chilena.

Miles de cristianos chilenos pertenecen a alguno de los llamados

«movimientos apostólicos laicos», aun cuando el nombre talvez no refleje toda la variedad de estos grupos. La Legión de María, los Cursillos de Cristiandad, las asociaciones de ex-alumnos o de padres de familia, los Grupos de Oración, las »rdenes Terceras. el Neo-Catecumenado, el Movimiento de Schöenstatt, los Focolarini, las Comunidades del Padre de Foucauld, el Opus Dei, los Legionarios de Cristo y decenas de otras instituciones similares agrupan a millares de cristianos adultos que encuentran en ellos un apoyo espiritual personalizado, una comunidad que acompaña y que ayuda y una visión de la fe y de la vida que les da certeza y paz.

Pero, fuera de todo «movimiento» o de cualquier «comunidad», hay centenares de «simples cristianos», de vida ejemplar, de buena preparación teológica, de criterio seguro, con experiencia de la vida y con prestigio entre sus pares que no tienen la oportunidad de dar su parecer, de participar en acciones colectivas.

La Iglesia chilena debiera encontrar una manera de hacer participar a todos estos cristianos. Ellos son el pueblo de Dios aquí en Chile. Antes de entregar a todos unas «orientaciones pastorales» para los años venideros, sería interesante que todos fueran invitados a participar en la elaboración de esas orientaciones, en diversos niveles, por participación directa o a través de representantes bien elegidos. La voz de la Iglesia chilena no tendría el mismo sonido, ni la misma influencia, que tiene hoy. Por cierto que a los obispos correspondería expresar el parecer colectivo, rectificando lo que les parezca equivocado y encauzando la acción de la Iglesia por el camino de lo posible y conveniente pero teniendo en cuenta todos los matices del pensamiento y de la sensibilidad de todo el pueblo cristiano.

## III. TRES OPCIONES PARA EL CRISTIANO

Lo que vimos en los dos capítulos anteriores se refiere al cristiano como «persona» y a la Iglesia Católica como «institución» fundada por Cristo y animada por el Espíritu Santo. Pero el cristiano y la Iglesia están «para el mundo». El mundo tiene sus problemas y trata de darles soluciones. La Iglesia ve esos problemas y los vive y pro-

pone sus soluciones que no siempre coinciden con las que proponen otros. Tres son los temas mas candentes en que la Iglesia se esfuerza en contribuir al bien de la sociedad humana, al bien común: el tema de la «familia» que incluye el del «sexo» y el de la «vida»; el tema de la «justicia» que incluye el de la «compasión» con los que sufren; y el tema de la «conciencia» que incluye el de la «libertad» del hombre y de su uso adecuado. Vamos a tratar cada uno de estos temas por separado pero con una advertencia previa.

Cuando la Iglesia habla de «justicia», especialmente de justicia social y señala las injusticias, o cuando habla del sufrimiento humano y de la necesidad de compadecer y de ayudar, fácilmente aparece como «de izquierda».

Cuando trata los temas de la «familia», del «sexo» y de la «vida», se le tilda como «de derecha». La posición de la Iglesia es la misma en ambos casos, es la de la Biblia, la del Evangelio, muy anterior a la división política entre derecha e izquierda. Son las circunstancias históricas, los rasgos actuales de la sociedad y de la cultura los que le dan a la posición de la Iglesia ese tinte «derechizante» o «izquerdizante», esa etiqueta que se le pega como desde fuera y que es anacrónica.

Y cuando habla de la «libertad» y de la «conciencia», se sospecha que lo hace a contrapelo porque preferiría resolver los problemas éticos con la autoridad y con la obediencia. Pero no es así. «El hombre propone y Dios dispone» dice el refrán popular. Pero también es cierto que «Dios propone y el hombre dispone». Ese es el tema de la tercera opción, la de la libertad y de la conciencia, de como el hombre «dispone» lo que Dios le «propone».

## 1.- LA OPCIÓN POR LA FAMILIA Y POR LA VIDA

Desde hace 30 o 40 años, estos temas, relacionados entre sí, han estado de actualidad. La política, los medios de comunicación y todo el mundo han discutido, y siguen discutiendo, acerca del matrimonio y del divorcio, de los anticonceptivos y del aborto, de los embarazos adolescentes y no deseados, de libertad sexual, de vida en pareja, de frivolidad, de erotismo, de destape, de pedofilia y pornografía; de matrimonio entre homosexuales y de adopción de niños por parejas homosexuales; de cambio de sexo, de acoso sexual,

de violación, de maltrato infantil, de violencia intrafamiliar, de educación sexual en la escuela o en los medios; de la eutanasia, de la pena de muerte; de censura y de muchos otros temas relacionados con la familia, el sexo y la vida.

La postura de la Iglesia aparece habitualmente como «reaccionaria» y lo es. La Iglesia, el cristianismo en general, y podría decirse que la mayoría de las religiones, reaccionan en contra de una corriente aparentemente dominante que es la de la «modernidad». Ya dijimos que hay dos sets de valores que coexisten y se enfrentan y esto a nivel mundial. Y con repercusiones políticas incalculables, si se piensa, por ejemplo, en la reacción antieuropea y anti-occidental que se constata con mucha alarma en el mundo musulmán y en muchos otros países. Los partidarios de la modernidad suelen hablar como si ellos hubieran llegado a la solución definitiva y fuera de discusión posible. Se vuelven dogmáticos, seguros de sí mismos. Ofrecen a otras posiciones, como la cristiana, una cierta tolerancia, pero nada más. Los cristianos, basados en la Biblia, en el Evangelio, insisten en mantener otra posición. Es una de sus opciones. Podrá variar en su presentación, podrá tomar en cuenta circunstancias nuevas, progresos científicos. Pero, en lo esencial, es la misma.

El hombre de la cultura moderna parte de la libertad del hombre. Y, frente a cada uno de los problemas enumerados, le da la solución mas conforme con su libertad, vale decir con su deseo, con su agrado, respetando si los iguales derechos de los demás.

El cristianismo, en cambio, tiene una visión global del problema de la familia, de la vida y del sexo; y, de acuerdo con ella, va resolviendo los nuevos problemas que se plantean. Su visión puede resumirse así.

El hombre y la mujer son atraídos el uno al otro por el instinto sexual. El instinto lleva a la relación sexual; lleva también a la amistad, al cariño, al amor entre ambos. La relación sexual expresa ese cariño y, además, lleva a la concepción y al nacimiento de un niño. El padre y la madre, por instinto, quieren a su niño. Y el niño necesita de ellos. Allí nace la familia. Al seguir juntos, el padre y la madre tienen otros hijos. Ellos también necesitan de sus padres. La familia sigue. Cuando el último de los hijos ya no necesita de sus padres –y de sus hermanos-, cuando él ha formado su propia familia, los padres ya están viejos, se necesitan el uno al otro y además

tienen una familia en común, hijos y nietos que los quieren a ambos, bienes en común. No desean, ni les conviene, separarse. Además sus hijos los ayudan a vivir, si lo necesitan, hasta que mueran.

Así se perfila el esquema de la familia, de la transmisión de la vida, del sexo. Y como hay el mismo número de hombres que de mujeres, todos pueden casarse y formar una familia. En la vida de cada hombre hay una mujer que lo espera, que es para él, que será su esposa, con la que formará una familia. Con ella satisfacerá el instinto sexual, tendrá relaciones íntimas, serán amigos y se ayudarán mutuamente, formarán, educarán y querrán a una familia, su familia. De allí a decir que el matrimonio es «exclusivo» -un hombre y una mujer-, que es «indisoluble» -para siempre- y llamado a ser «fecundo» -tener hijos- no hay mas que un paso. Y que el instinto sexual debe ser controlado y centrarse en una sola mujer, o en un solo hombre, y que la relación sexual debe ser con la esposa, o el esposo y con nadie más, hay otro paso. Y que, antes del matrimonio, y al margen del matrimonio, el hombre y la mujer deben vivir en castidad, y que para practicar la castidad se requiere la pureza de corazón, vale decir un perfecto control del instinto sexual y además un ambiente sano, no artificialmente erotizado, hay pasos que caen de su peso.

Si nos fijamos bien, algo parecido se puede decir de otros instintos: del comer, del beber, del dormir: son buenos pero deben ser controlados.

Es a la luz de estos principios que el cristianismo -y otras religiones- resuelven los casos que hemos recordado al comienzo de este capítulo: no al divorcio, no a la anticoncepción, no al aborto, no al sexo fuera del matrimonio. Sí a la pareja exclusiva, indisoluble y fecunda, sí al amor que une a los esposos y va creciendo a lo largo de la vida de matrimonio porque el amor que une al hombre y a la mujer madura, crece por la exclusividad, la indisolubilidad y la fecundidad; y sí a la vida, a esa vida que les costó dar a luz, cuidar y educar.

Y ahora vienen todas las «dificultades» que hacen muy ardua, casi imposible, al menos para muchos, esta vida idílica, este ideal con el cual muchos, talvez la mayoría, están de acuerdo. Cada una de estas dificultades debe ser resuelta en su propio terreno. Si la excitación sexual provocada por un ambiente erotizado lleva al sexo

inmaduro e irresponsable, saneemos el ambiente. Así como para prevenir la obesidad y el colesterol alto en los adolescentes se sugiere controlar los locales que venden comida chatarra; o para evitar el consumo y la adicción a la droga, se controla el tráfico de ella. Si la situación económica no permite tener una familia numerosa, corrijamos las injusticias sociales y las desigualdades económicas excesivas: si la fuerza del instinto sexual impide que el joven y la niña establezcan entre ellos una relación de amistad y de amor, respetuoso y responsable, eduquémoslos para que crezca en ellos el espíritu y se imponga al instinto, para que se abran a los valores de la inteligencia, de la afectividad, y de la cultura para hacerlos capaces de un amor verdadero. Pero no tiremos los principios por la borda porque encontramos dificultades en su aplicación.

La Iglesia también hace ver que la solución opuesta, la que ofrecen la cultura y la ética modernas, trae consecuencias que todos lamentan, sin querer muchas veces reconocer sus causas: la muerte de miles de niños antes de nacer; el nacimiento de miles de niños fuera del matrimonio; el desamparo de miles de mujeres abandonadas por su esposos o sus parejas, y de miles de niños que no tienen un verdadero hogar, con su padre y su madre juntos, el desequilibrio de las edades que hace que aumentan en exceso los viejos y disminuyen los niños y los jóvenes, creando problemas insolubles para la digna mantención de los ancianos y para asegurar una adecuada fuerza de trabajo, la que se suple con inmigrantes extranjeros que se adaptan difícilmente al país que los recibe y le crean a veces grandes problemas. La frivolidad de las relaciones sociales, de las que viven la farándula y las pantallas; y, en gran parte, el aumento de la delincuencia, de la adicción a las drogas, del vandalismo, en que tienen mucha parte quienes han nacido en hogares inestables y se han criado en la calle y en el vicio.

Por cierto que los cristianos también se dan cuenta de que las circunstancias de la vida han cambiado y que no basta con decir que las cosas «deben» ser así: hay que ver modo de que las circunstancias «permitan» de que sean así. Hay que crear las condiciones de vida que hagan posible la familia, de acuerdo a los principios. Y esa es una larga y compleja tarea que tiene mucho que ver con la justicia social, con la economía y con la política.

Por fin debe reconocer la Iglesia que su doctrina en estas mate-

rias tiene que ser formulada en términos nuevos, mas inteligibles para el mundo de hoy, que tomen en cuenta los progresos de la ciencia, de la sicología, de la pedagogía y de la medicina reproductiva. Y debe también procurar entender la mentalidad del hombre moderno y todo lo que en ella hay de positivo y de búsqueda legítima de la felicidad.

Porque en la visión moderna de estos mismos temas hay también muchos elementos positivos que valen para todos. Las relaciones entre esposos mejoran mucho en un clima de mayor libertad e igualdad, de respeto mutuo y de colaboración, incluso en los quehaceres de la casa y en la atención de los niños. Una mayor franqueza para hablar de sexo permite evitar muchas angustias que atormentaban a los adolescentes en otro tiempo. Un trato mas sencillo y más cariñoso entre padres e hijos es muy educativo y alegra la vida de los niños y adolescentes. También debe reconocerse una mayor naturalidad y espontaneidad en el trato entre jóvenes y niñas, y una mayor autenticidad en las relaciones humanas, como factores positivos. En cambio el egoísmo, que suele ser un aspecto negativo de la personalización; la indiferencia al otro, a lo que siente, a lo que desea; la falta de responsabilidad frente a la pareja o a la familia con las que uno tiene un compromiso que no se puede romper unilateralmente, son factores negativos, causantes de muchas penas, angustias y depresiones.

Un diálogo sincero entre estas dos visiones de la ética; una puesta en común de estos dos sets de valores mejoraría, sin duda, la cualidad de vida de hombres y mujeres, de niños y de ancianos.

Pero sería un error de gravísimas consecuencias el desechar de una plumada una opción ética, para muchos de origen divino y que ha sido la gran fuerza moral del Occidente, la que ha mecido la cuna de nuestra cultura actual.

## 2.- LA OPCIÓN POR LA COMPASIÓN Y POR LA JUSTICIA

A fines del siglo XIX, el Papa León XIII tomó conciencia de la situación inaceptable en que se encontraba gran parte de los trabajadores, a raíz de la revolución industrial que se había desatado en los principales países de Europa. Y escribió la primera encíclica social sobre este tema: «Rerum Novarum».

A lo largo del siglo XX, las encíclicas sociales se fueron sucediendo, hasta llegar a Juan Pablo II y su «Centesimus Annus», a los cien años de «Rerum Novarum». Se referían, no solo a hechos y a situaciones, sino a doctrinas, condenando errores -como el comunismo marxista o el totalitarismo nazi- y proponiendo principios cristianos para remediar los males que suscitaba el mismo desarrollo económico.

Durante todo el siglo XX, surgieron aquí y allá, grupos de cristianos que se propusieron ayudar a superar estos males, apoyar a sus víctimas inocentes y establecer un orden político, económico y social inspirado en el Evangelio. Pienso en «Le Sillon» de Marc Sangnier, en el Partido Popular de Don Luigi Sturzo, en «Economie et Humanisme» del Padre Lebret, en «France, pays de misión» de Godin y Daniel, en la revista «Esprit» de Emmanuel Mourier, en la «Misión de France», en los sacerdotes obreros, en la obra de Jacques Maritain, en «Au coeur des masses» del P. Voillaume, en el Monasterio de Taizé de Roger Schutz , en la obra de Sor Teresa de Calcuta en la India y en tantos nombres más y tantas obras mas.

En Chile, a lo largo de mi vida, he visto surgir -y he participado incluso, en pequeña parte, en algunas de ellas- la «Liga Social», las Cooperativas de Ahorro y Crédito, la JOC, los Institutos de Educación Rural, el Hogar de Cristo, la ASICH, la Vicaría de Pastoral Obrera, la Vicaría de la Solidaridad, Y en el plano político, y religiosos-político, la Democracia Cristiana, el MAPU, la Izquierda Cristiana; los Cristianos para el Socialismo, la Teología de la Liberación, la Iglesia Joven y decenas de iniciativas más. Algunas han tenido un éxito y un desarrollo notorios. Muchas han fracasado o han desaparecido tras una corta vida. Algunas han encontrado dificultades en la propia Iglesia. Y yo me pregunto ¿por qué? Reconociendo, sin embargo, lo mucho que se ha trabajado y lo mucho que se ha logrado, pero como a tirones, sin continuidad ni seguridad. ¿Por qué?

Hablamos de «acción social de la Iglesia». Pero Jesús no nos invitó primero a «actuar», sino a «amar». Y no nos enseñó primero a amar la sociedad, «lo social», sino al hombre, cada hombre, «el prójimo». Y el amor al prójimo no es solo una obligación de «la Iglesia», como institución, sino de «cada cristiano». En la base de toda acción social católica hay un cristiano que ama a los hombres y que se

compadece de sus sufrimientos y trata de aliviarlos. A veces lo hemos olvidado. El «bosque» de lo social nos ha impedido ver a los «árboles», que son los hombres y los «bull-dozers», que son los grandes movimientos, nos han impedido usar el «machete» que usa cada hombre para abrirse paso entre los árboles que son los hombres.

Los movimientos sociales católicos han aparecido a menudo como buscando una línea media entre el liberalismo y el socialismo, más que originales y creativos. O, por el contrario, apoyándose en alguna de estas corrientes, el socialismo por ejemplo, en el caso de los «cristianos para el socialismo» o de la «teología de la liberación», dando por descontado que la adhesión del pueblo al socialismo era irreversible, sufriendo una gran decepción cuando éste se derrumbó, en la propia URSS, y por su propio peso.

La misma «opción por los pobres» aparece hoy día como fuera de foco. Los pobres aspiran a dejar de serlo y quieren ser tratados, no como pobres, sino como hombres, como todos. La verdadera opción «por los pobres» es la opción «por el hombre», que hace reconocer, dignificar y servir al hombre, aun cuando se le vea escondido, por decirlo así, tras la máscara del «pobre», o, a menudo también, bajo la del rico. La palabra cristiana para pobre es un hombre, o una mujer, «como todos», es mi prójimo, mi hermano, mi hermana.

El cristiano que quiere, hoy día, integrarse plenamente en la lucha por la justicia y en el servicio de sus hermanos que sufren, debe considerar su participación en tres niveles diferentes, que lo pueden concernir en grados diferentes, según su capacidad o las circunstancias de su vida.

• **El primer nivel** es para todos nosotros, cualquiera sea nuestra posición económica, social o cultural. Consiste en querer a todos los que nos rodean y tratar de servirlos, de darles gusto, de hacerlos felices en lo que de nosotros depende. Implica compadecer a los que están padeciendo y esto no solo con una limosna o con algún cuidado especial. Es quererlos, es dejar que el amor inspire la actitud y la conducta. Es participar de su problema, hacerlo nuestro. Esto se vive, en primer lugar, en la familia, entre esposos, entre padres e hijos y también con los parientes mas cercanos que necesitan talvez cariño, ayuda, visita, apoyo económico, prestación de servicios. Se vive entre los amigos, los vecinos, los colegas, los

clientes. Es una disposición, a veces natural, a veces adquirida, a veces contra el pelo, a hacer felices a los demás.

Esto incluye casi necesariamente un cierto «desapego» del dinero, la sencillez e incluso la austeridad de vida, la disposición a compartir lo mucho o lo poco que tengamos. El que sea apegado a la plata nunca ayudará de veras.

El Abbé Caffarel, fundador del Roseau d'Or, precursor de los movimientos familiares cristianos, me decía una vez que era fácil mantener unidos los grupos de matrimonios mientras se trate solamente de temas de sicología, de fe o de ética. Pero que la prueba de fuego para un grupo viene cuando se sugiere la disponibilidad a compartir, entre ellos, los bienes materiales, en caso de necesidad. «Pedir» cuando uno necesita, «dar» cuando uno puede dar y «excusarse» cuando uno no puede, «agradecer» lo que a uno le dan y «ofrecer» a quien uno sabe que necesita y no se atreve a pedir. Y hacerlo todo con naturalidad, con sencillez, tanto para dar como para recibir, tanto para pedir como para ofrecer o para excusarse cuando uno no puede. Cuando se llega a eso, me decía el padre Caffarel, el grupo de matrimonios está empezando a vivir el Evangelio. Esta misma actitud debe extenderse a los parientes, a la empleada de la casa o de la oficina, a los vecinos. Algunos, además, se habituarán a apartar un porcentaje de lo que ganan, o de lo que disponen para vivir, para repartirlo mes a mes, entre los que necesitan.

• **El segundo nivel** consiste en vivir nuestra vida profesional, en usar de todos los recursos de que disponemos en nuestra vida de trabajo o en nuestras relaciones humanas, con el ánimo de servir lo mejor posible y con amor. Es la enfermera de hospital que cuida a sus enfermos como si fueran su familia. Es el empleado público que atiende a sus clientes, a todos, con cariño, con gentileza, sin tramitarlos inútilmente. Es el patrón que maneja su empresa o su negocio, pensando en el bien de todos sus colaboradores y también de sus clientes. Es el profesor que conoce a sus alumnos, los quiere y se preocupa de cada uno de ellos, aunque eso no le signifique un mayor sueldo. El que no espera que todo esté perfecto para hacer él lo mejor que él pueda, ni le echa la culpa a los demás de todo lo que no está bien, como si su aporte se limitara a criticar, a quejarse, a denunciar y no a aportar su parte con buena voluntad.

Es el chofer de micro del servicio público, que podrá tener una máquina anticuada y en mal estado pero que atiende gentilmente a sus pasajeros, maneja con cuidado, evitando las maniobras bruscas y dando tiempo a los pasajeros para subir y bajar sin peligro. La máquina nueva y lujosa no depende de él, vendrá cuando se pueda. Pero los pasajeros quedan contentos. Se sienten respetados y acogidos.

• **El tercer nivel** no será talvez para todos, aunque todos pueden aportar algo. Es para los intelectuales y los técnicos, los economistas y los sociólogos, los políticos, los que controlan la economía y tienen el poder y el dinero, y también para los filósofos y los teólogos. A ellos les corresponde contribuir a crear un orden justo, participativo, comprensivo, más igualitario. Un liberalismo absoluto puede talvez maximizar la producción y el consumo. Pero eso no basta. El bienestar y la riqueza deben estar distribuidos en forma equitativa. Todos deben tener lo necesario para sentirse contentos, todos deben tener oportunidades de mejorar, de crecer. Esto contribuye a la paz social, a la solidaridad entre todos, a la esperanza de una vida mejor, a sentir que uno vive en una sociedad justa, humana. Elimina el temor, el odio, la violencia, la envidia, la angustia. Y también hay que respetar el ambiente, no sacrificar a las generaciones futuras por un mayor bienestar de los actuales habitantes del planeta.

El poder económico, la capacidad empresarial, la creatividad técnica son necesarias a la sociedad pero no pueden ser la instancia suprema de la humanidad. La conducción de los hombres debe estar en manos de los «políticos» y estos deben ser elegidos por los ciudadanos y ser responsables ante ellos y ellos deben coordinar y supervigilar el poder económico, la vida social y el bienestar de los ciudadanos y dar garantías para la creación artística y literaria, para la cultura y para la vida religiosa de los hombres.

En Pontificio Consejo «Justicia y Paz» acaba de publicar un compendio de la doctrina social de la Iglesia que expone esta doctrina en su estado actual. Es un aporte del cristianismo a la justicia y a la paz social. Los pastores de la Iglesia, pero no solo ellos, también los que participan activamente en la vida política, económica y social y los estudiosos, los intelectuales, los técnicos deben estar estudiando los nuevos desarrollos de la vida y de la cultura

humanas, de las personas y de las sociedades para, desde el Evangelio, desde el amor a los hombres, señalar peligros o males reales, y sugerir enfoques, o medidas concretas que mejoren la convivencia humana.

Corresponde a los cristianos acoger todo lo positivo que surge entre los hombres, aun al margen de la revelación bíblica o de la enseñanza de las Iglesias Cristianas. El mundo aspira a una ética, elaborada entre todos y aceptada por todos: la democracia, la defensa de los derechos humanos, el desarrollo económico y social, la seguridad ciudadana, la igualdad de oportunidades, educación y salud para todos... son anhelos de todos que los cristianos hacen suyos y tratan de perfeccionar, como discípulos de Cristo.

## 3.- LA OPCIÓN POR LA CONCIENCIA Y POR LA LIBERTAD

La gran debilidad del hombre de hoy es la adicción, la «dependencia». Y no solo de la droga. De la droga y de muchas cosas más.

Muchos dependen del «dinero». De ganar dinero y más dinero. Y de gastar dinero y más dinero. Es el consumismo; y es también la visión materialista de la vida: vales cuanto tienes, o cuánto aparentas tener: el «status».

Otros dependen del «placer». Es un afán de «sentirse bien» y de «pasarlo bien». Es una obsesión por el propio cuerpo, por la salud, por la apariencia, por el crecimiento personal.

Muchos dependen del «sexo»; del sexo fuera del matrimonio -o aun del sexo dentro del matrimonio, prescindiendo de otros aspectos del matrimonio. Es el destape, es la vida en pareja, sin compromiso. Para algunos es la total libertad sexual. Cada cual busca su placer donde lo encuentre. Es también el sexo prematuro, el embarazo adolescente o no deseado, el uso y abuso de los contraceptivos, el recurso al aborto, los niños nacidos fuera del matrimonio, el abandono de niños, a menudo por el padre, a veces incluso por la madre.

Todos tenemos presente, y es un problema universal, la dependencia de la «droga», que destruye la mente, que lleva a menudo a la delincuencia, a los «adictos», para adquirir la droga y a los «narcotraficantes», para venderla a los adictos y hacerse ricos a expensa

de ellos. Y está también la adicción al tabaco, que cuesta millones a la comunidad nacional, en atención al enfisema pulmonar y al cáncer al pulmón y a la laringe.

Está también la adicción a los juegos de azar, que desalienta del trabajo y que arruina a las familias.

Y se mantiene, y crece mucho entre los jóvenes, de ambos sexos, nuestro antiguo vicio nacional, el alcoholismo.

Estas adicciones no llevan a una vida sobria y esforzada, a una actividad dedicada y eficiente, a emprender tareas constructivas en servicio de la comunidad, a constituir familias en que sea grato vivir. No lleva a desarrollar la cultura, ni el arte, ni la empresa productora de bienes y servicios para todos.

La primera lucha que debe dar la ética es la lucha por la «libertad». Ya hemos conquistado las libertades «exteriores»: política, económica, social, cultural. Hace falta ahora recuperar la libertad «interior», en que se fundan todas las libertades exteriores. La libertad del que «sabe distinguir» lo bueno y lo malo; del que «prefiere» el bien al mal; del que «es capaz» de hacer el bien que debe y quiere hacer y de no hacer el mal que no debe ni quiere hacer: el arte de «saber» lo que es bueno, de «querer» hacerlo y de «poder» hacerlo; la formación del «criterio» moral, de la «conciencia» moral y del «carácter» moral.

Talvez el despertar de una sociedad nueva pasa por la formación de comunidades de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, que se propongan ser libres para vivir bien y actuar bien.

La educación para la libertad empieza por un «saber»: el saber distinguir el bien y el mal. A todos, creyentes o no creyentes, les sirve estudiar las morales religiosas, aunque solo fuera porque representan un alto porcentaje de la moral que ha, durante milenios, inspirado y regido las acciones humanas. Y estudiar especialmente la moral de la Biblia, la moral judeo-cristiana que ha formado, en gran parte, a los occidentales, a los pueblos a los cuales pertenecemos. Importa también conocer las diversas morales que han pretendido inspirar las acciones humanas, desde los filósofos griegos hasta los autores de hoy. El creer que la moral actual, la del hombre de hoy, la de la modernidad ha dicho la primera y la última palabra y ha borrado toda la sabiduría moral de los siglos, podría llevar a un despertar amargo. Crisis morales como la de hoy han sido pre-

cursoras de grandes cataclismos históricos. Esto podría una vez más ocurrir y se debe evitar.

Existe, en verdad, un cierto consenso en materia moral. Nuestras ideas morales no suelen ser tan dispares. Pero nuestras conductas sí lo son. Hacemos cosas que no pretendemos defender en la teoría. Hago lo que en mi criterio, no es bueno, es malo. No soy como pienso que debiera ser. Lo que falla no es tanto del orden del saber: es del orden del «querer». Esto será malo pero me gusta y lo hago. Vivo como me gusta vivir. Mi corazón se inclina al mal, a lo que mi criterio llama mal. Sigo mi deseo. Es una experiencia universal de la humanidad de todos los tiempos. San Pablo la expuso en frases lapidarias. A la formación del criterio moral debe agregarse la del corazón. Tenemos que enseñar, no solo a distinguir el bien y el mal sino a amar el bien y a odiar el mal, a querer ser buenos, a no querer ser malos.

Pero esto no basta. ¡Cuántos se lamentan de haber caído en las redes de la droga, por ejemplo! Ellos saben que es malo ser drogadicto. No quisieran ser drogadictos, detestan serlo, a veces tratan de superar su adicción. Pero no pueden. Es un problema de voluntad, o sea de libertad, de «poder».

Una de las prioridades que el mundo actual sugiere, me parece, a la acción de las Iglesias Cristianas, una ayuda que el cristianismo puede prestar a la sociedad moderna es la educación de la libertad. En un mundo «personalizado», el sujeto necesita de su plena y efectiva libertad, del juicio, del corazón y de la conducta. En un mundo «globalizado», el sujeto llamado a elegir entre mil opciones, debe ser libre para elegir bien, no dejarse seducir por los embelecos o las novedades sino optar por lo que vale la pena.

El gran esfuerzo ético que realiza el mundo moderno, muchas veces al margen de las éticas religiosas o tradicionales, requiere de un pleno ejercicio de la libertad moral del hombre para lograr su fin. La defensa de los derechos humanos, el ejercicio de la democracia, la preocupación por los discapacitados y los minusválidos, el servicio voluntario a los que necesitan ayuda en todos los continentes del mundo, son metas que necesitan tener a su servicio hombres que tengan las ideas claras acerca del bien y del mal, que deseen servir positivamente, ayudar a superar las injusticias y las desigualdades excesivas, y eso requiere una formación de la volun-

tad que talvez la escuela de hoy no da en forma eficaz y tampoco da la familia de hoy.

En otros tiempos, se daba, a los niveles básicos, una educación a la libertad moral, un tanto primitiva, pero eficaz. Nuestros antepasados corregían, a veces duramente, al niño en quien veían una inclinación al robo, o a la mentira. Y muchos reconocían que ese castigo recibido de niños les había librado para siempre de una tendencia hacia el mal, que talvez los habría llevado a la delincuencia o a ser sujetos de menor calidad moral. La preocupación en las familias campesinas porque la hija llegara virgen al matrimonio llevaba también a procedimientos educativos que hoy día todos rechazan con indignación. Pero la enseñanza quedaba: en el hombre, el respeto a la mujer; en la mujer, el respeto a sí misma que le permitiría abrirse a más altas experiencias que las solas experiencias de la relación sexual prematura y del hijo indeseado. La pedagogía moderna debe encontrar procedimientos alternativos, más de acuerdo con la sicología y la pedagogía modernas, pero igualmente eficaces, para mejorar la aptitud del hombre para definirse moralmente a sí mismo, para ser verdaderamente libre.

# EPÍLOGO

Hay pueblos que no son capaces de dirimir sus disputas internas, sin derramamiento de sangre. Su historia está plagada de insurrecciones populares, de revoluciones y de guerras civiles. Gane el bando que gane, el país siempre es perdedor.

Hay otros, en cambio, que son capaces de sentarse a conversar, de entender la posición del otro, de ceder en algo para salvar lo fundamental, de buscar una solución de armonía. Esos pueblos se ahorran las muertes, las destrucciones, las ruinas que acompañan las posturas irreconciliables.

El mundo está hoy día en una postura similar. Hay grandes conflictos pendientes. Y la actitud de muchos es clara: tiene que ganar «mi» postura porque es la buena; y tienen que ser aniquiladas las «otras» posturas. Tal actitud augura muchos sufrimientos para todos.

A nivel mundial, hemos señalado las nubes que se ciernen en el horizonte. Conflicto entre ricos y pobres, motivado por las grandes desigualdades económicas y sociales. Conflicto entre el Occidente y el Norte, ricos y alejados de Dios y el Oriente y el Sur del planeta, pobres y talvez, por lo mismo, más cerca de Dios. Conflicto entre los que poseen territorios valiosos y tienen cada vez menos gente para defenderlos y los que van penetrando poco a poco en esos territorios, porque son muchos y porque son pobres, los necesitan y los desean y son capaces de poblarlos. Conflicto entre el cristianismo y el Islam, con raíces religiosas pero sobre todo históricas y culturales. Conflicto entre los racionalistas, los agnósticos, los que dan por definitiva la cultura moderna y por cosa del pasado la cultura cristiana y los que creen y luchan porque la fe del Evangelio siga impregnando la cultura occidental. Conflictos al interior del mundo cristiano entre protestantes, ortodoxos y católicos y al interior de cada una de estas familias religiosas. Y, por fin, los eternos conflictos entre la libertad y la igualdad, y entre los que creen en la guerra y los que creen en la paz, en la fraternidad.

En Chile también se dan estos conflictos y otros más. Conflicto generacional entre jóvenes y adultos; conflicto racial entre pueblos

indígenas y los chilenos occidentalizados de hoy. Conflicto entre los que solo ven el progreso económico de hoy y los que defienden la naturaleza como la gran reserva del futuro. Conflicto entre creyentes y no creyentes, entre cristianos y no cristianos, entre católicos y cristianos no católicos. Conflicto ente la capital y la provincia. Conflicto entre una actitud cerradamente nacionalista y otra de mayor apertura americanista o mundialista. Conflicto entre una Concertación de Centro Izquierda y una Alianza de Centro Derecha y al interior de cada uno de estos conglomerados políticos y de cada uno de los partidos que los componen. Y la lista podría alargarse indefinidamente.

¿Quién podría extrañarse de que las cosas sean así? El conflicto es el motor del progreso. Pero ese motor debe ser bien manejado.

En este ensayo hemos tratado de exponer diversas corrientes del mundo de hoy y de nuestra patria, en forma objetiva, sin estridencias, reconociendo, según mi criterio, lo bueno y lo malo de las diversas posturas, invitando al lector a ubicarse bien, a ver lo positivo de cada aporte, a buscar las síntesis enriquecedoras, pero sin torcer las ideas ni los sentimientos, tratando de enriquecerse con los puntos de vista que le son ajenos y de presentar su aporte en forma inteligible y atrayente para los demás.

Vislumbro para Chile, en esta víspera de nuestro segundo centenario como nación libre, y para el mundo, al iniciarse un nuevo siglo, un horizonte de grandes transformaciones cualitativas, que vayan poco a poco disipando las nubes que se acumulan: un cambio de manera de pensar, de sentir y de ser, un cambio cualitativo, en que nos acostumbremos a sumar y a multiplicar en vez de restar y dividir, a colaborar, incluso con la crítica, desde la oposición política o cultural, desde posturas religiosas diversas u opuestas, respetándonos los unos a los otros y colaborando los unos con los otros.

A esta tarea colectiva, invita a sus lectores este modesto ensayo. Es la última palabra de un hombre que se ha esforzado durante su larga vida de ser lo que llama el Evangelio «un pacífico» para ser llamado algún día, lo dice también el Evangelio, «hijo de Dios».

# BIBLIOGRAFÍA


1.- **Albert Michel, Boissonnat Jean, Candessus Michel**. *Nuestra fe en este siglo*. Arléa, 2004.

2.- **Aldunate José** s.j. *Un peregrino cuenta su historia*. Ediciones Ignacianas, 2002.

3.- **Bauman Zygmunt**. *La globalización Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica, 1998.

4.- **Barrios Marciano**. *La Iglesia en Chile*. Hachette, 1987.

5.- **Beck Ulrich**. *La sociedad del riesgo global*. Siglo Veintiuno 1999.

6.- **Bilbao María Josefina y otros**. *Informe Comisión Nacional de la familia*. 1994.

7.- **Berger Peter L. y otros**. *Le réenchantement du monde*. Bayard, 2001.

8.- **Burdelot Ives**. *Devenir Humain la proposition chrétienne anjand'hui*. CERF, 2003.

9.- **Camelio Francesca** (por encargo de la Conferencia Episcopal de Chile). *Nuevas condiciones de Trabajo en Chile*. CARITAS CHILE, 2005.

10.- **Campos Adriana-Rosselot Eduardo y otros**. *Valores de Hoy Sentido y Experiencia*. Andes 2005.

11.- **Castellón Lucía y otros**. *Dios en el Mundo de hoy*. Universidad Diego Portales, 2003.

12.- **Dagens Mgr Claude**. *La nouvauté chrétienne dans la société francaise Espeirs et combats d'un évêque*. CERF, 2005.

13.- **Delumeau Jean**. *Guetter L'Aurore Un christianisme pour demain*. Granet, 2003.

14.- **Delumeau Jean**. *Le christianisme va-t-il mourir?* Fayard, 1977.

15.- **Du Pasquier Roger**. *Découverte de L'Islam*. Collection Points, Serie Sagesses, 1984.

16.- **Durand Alain**. *La foi chrétienne aux prises avec la mondialisation*. CERF, 2003.

17.- **Ferry Luc**. *L'Homme-Dieu ou le sens de la vie*. Grasset, 1996.

18.- **Gauchet Marcel**. *Le désenchantement du monde Une histoire politique de la religion*. Gallimard 1985

19.- **Gauchet Marcel**. *Un monde désenchanté*. Editions Ouvriéres, 2004.

20.- **Gauchet Marcel**. *La religion dans la democratie*. Gallimard, 1998.

21.- **Giddens Anthony**. *Un mundo desbocado Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus, 1999.

22.- **Giddens Anthony**. *La tercera vía y sus críticos*. Taurus, 2000.

23.- **Gimeno Herrera Humberto**. *Sentimiento religioso Religiones. ¿Crisis?* Olimpo, 2004.

24.- **Grousset René**. *Histoire de L'Asie*. P.U.F., 1947.

25.- **Guillebaud Jean-Claude**. *La refondation du monde*. Seuil, 1999.
26.- **Hervieu-Léger Danièle**. *Catholicisme, la fin d'un monde*. Bayard, 2003.
27.- **Hitti Philip K**. *Precis d'histoire des Arabes*. Payot, 1950.
28.- **Hourton Jorge**. *Paganos y cristianos de ayer y de hoy*. LOM, 2005.
29.- **Houziaux Alain y otros**. *Le christianisme, quel impact aujourd'hui?* Editions Ouvrières, 2004.
30.- **Jenkins Philip**. *The next christendom The coming of global christianity*. Oxford University Press, 2002.
31.- **Kaufmann Phillip**. *Manual para católicos disconformes Divorcio, anticoncepción, aborto*. MAREA, 1995.
32.- **Larraín Jorge**. *Identidad Chilena*. LOM, 2001.
33.- **Le Noir Frédéric**. *Les metamorphoses de Dieu La nouvelle spiritualité occidentale*. PLON, 2003.
34.- **Lewis Bernard**. *La crisis del Islam Guerra santa y terrorismo*. 2003.
35.- **Miller, CSB. Michael**. *El desafío de la globalización*. U.S.T., 2002.
36.- Piñera C. Bernardino. *El reencantamiento de la vida*. Los Andes, 1993.
37.- **Piñera C. Bernardino**. *La oferta de la fe*. Los Andes, 2000.
38.- **Piñera E. José**. *El éxito de Chile: Reflexiones para México y América Latina*.
39.- **PNUD**. *Desarrollo humano en Chile 2002 Nosotros los Chilenos: un desafío cultural*. PNUD, 2002.
40.- **Poupard Bernard**. *Dieu à fleeur d'homme*. Edition Saint-Augustin, 2004.
41.- **Prado Juan Guillermo**. *La iglesia dialoga con la Sinagoga*, 2000, *La iglesia dialoga con el Islam*, 2002 y *Historia de la fe Baha'i en Chile*, 2001.
41.- **Rémond René**. *Religion et société en Europe. La sécularisation aux XIXe et XXe siècles (1789-2000)*. 1998-2001 Edition du Seuil. Points Histoire.
42.- **Rémon René**. *Le christianisme en accusation*. Desclée de Brouwer, 2000.
43.- **Rojas Mauricio**. *Mitos del Milenio: El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis*. Cadal, 2004.
44.- **Schlegel Jean-Louis**. *Religions a la carte*. Hachette, 1995.
45.- **Schlegel Jean-Louis**. *La loi de Dieu contre la liberté des hommes*. Seuil, 2003.
46.- **Simon Hippolyte**. *Vers une France paienne*. Cana, 1999.
47.- **Soto Angel y otros**. *Chile en el siglo XX Camino al Bicentenario*. Andros, 2003.
48.- **Sourdel Dominique**. *Histoire des Arabes*. Presses Universitaires de France - Que-sais-je? 1627-1976.
49.- **Testard Gerard y otros**. *Aimer L'Eglise, Aimer le Monde Actes du colleque de la Fondacio*. CERF, 2005. (Bruscelles 2003).
50.- **Tincq Henri**. *Dieu en France. Mort et réuncetion du catholicisme*. Calmann-Lévy, 2003.
51.- **Tironi Eugenio**. *El sueño chileno.Comunidad, familia y nación en el Bicentenario*. Taurus, 2005.
52.-**Touraine Alain**. *Un nouveau paradigme Pour comprende l'homme d'aujoud'hui*. Fayard, 2005.

# ÍNDICE


Al 2022... ¿Sigue la fe siendo moderna? 5

**PRESENTACIÓN** 7
Alejandro Goic Karmelic
Presidente Conferencia Episcopal de Chile

**PRÓLOGO** 11
Bernardino Piñera Carvallo.

**PRIMERA PARTE** 15
**UNA REVOLUCIÓN DE LAS MENTES:**
**Del Chile colonial al Chile 2006**

**I. LA FIDELIDAD A LA TRADICIÓN** 16
**1.- El Chile colonial y su Iglesia** 16
a) La autoridad 16
b) El orden 17
c) La institución 17
d) La austeridad 18
e) El rigorismo 18
**2.- El establecimiento de la modernidad** 19
a) Cinco «tsumanis» 19
• La libertad 19
• La justicia 20
• La inspiración 21
• El consumismo 22
• El permisivismo 22
**3.- El difícil equilibrio** 23
a) Éxitos y limitaciones del liberalismo 24
b) Éxitos y limitaciones del socialismo 24

c) El pluralismo religioso 24
d) El materialismo en la vida diaria 25
e) El hedonismo en la vida diaria 26
**4.- Tres Iglesias Católicas en Chile** 26
a) La Iglesia tradicional 26
b) La Iglesia crítica 27
c) La Iglesia actual 27

**SEGUNDA PARTE** 29
**EL MUNDO EN BÚSQUEDA DE SENTIDO:**
**Religión y Ética en 2006**

**I. IGLESIA, POLÍTICA, SOCIEDAD Y CULTURA** 30
**1.- Iglesia y política: laicización** 30
**2.- Iglesia y sociedad: secularización** 32
**3.- Iglesia y cultura: descristianización** 35

**II. PERSONA Y MUNDO FRENTE A FRENTE** 37
**1.- La persona frente el mundo: desocialización, personalización** 37
**2.- El mundo frente a la persona: globalización, mundialización** 39

**III. DIVERSAS ACTITUTES FRENTE A LA RELIGIÓN** 40
**1.- Actitudes del creyente frente a su propia religión** 41
a) Conservadores y liberales 41
b) Fundamentalistas y tradicionalistas 41
c) Integristas y reformistas 42
d) Evangélicos y pentecostales, kerigmáticos y carismáticos 42
**2.- Actitudes del hombre moderno frente a la religión** 42
a) Pluralismo, relativismo, eclecticismo, sincretismo, agnosticismo 43
b) Tolerancia y fanatismo 43

**IV. LA RELACIÓN DEL FIEL CON SU RELIGIÓN** 44
**1.- Ser cristiano ¿en qué consiste?** 44
a) La fe 45

b) El culto 45
c) La moral 46
d) La pertenencia 46
e) La conformidad 46
**2.- De la Iglesia grande a la capilla chica** 47
**3.- Evangélicos y pentecostales** 48

**V. MIRANDO AL MUNDO** 49
**1.- Los países** 49
a) Europa católica 49
b) Europa protestante 50
c) Europa ortodoxa 50
d) Estados Unidos de Norteamérica 50
e) América Latina 51
f) África 51
g) Asia 52
**2.- Las religiones** 52
a) El cristianismo 52
b) El judaísmo 53
c) El islamismo 54
d) Las sabidurías orientales 56
e) Las religiones primitivas 56
f) Los esoterismos modernos 57

**VI. ENTRE DOS SETS DE VALORES: ¿LA BIBLIA O EL HOMBRE?** 58
**1.- La ética de la Biblia** 59
**2.- La ética del hombre moderno** 61
**3.- La situación moral en el mundo de hoy** 63

**VII. LA BÚSQUEDA DE SENTIDO** 67
**1.- Entre la trascendencia y la inmanencia** 67
**2.- Teología y antropología** 68
a) De Dios al hombre 68
b) Del hombre a Dios 69
**3.- Humanización de Dios y divinización del hombre** 70
**4.- ¿Revancha de Dios o desafío de Dios?** 72

**TERCERA PARTE** 75
**LA IGLESIA CHILENA EN EL SIGLO XXI:**
**Perfil, estilo y testimonio**

**I. NUEVO PERFIL DEL CRISTIANO** 76
**1.- Lo que dijo «Ecclesia in America»** 76
**2.- El cristiano del Tercer Milenio** 77

**II. UN NUEVO ESTILO EN LA IGLESIA** 79
**1.- Del «clero» al «pueblo de Dios»** 79
**2.- Actualización de la vida apostólica** 81
**3.- Actualización de los estudios religiosos** 82
**4.- Plena participación del pueblo de Dios** 84

**III. TRES OPCIONES PARA EL CRISTIANO** 85
**1.- La opción por la familia y por la vida** 86
**2.- La opción por la compasión y por la justicia** 90
**3.- La opción por la conciencia y por la libertad** 95

**EPÍLOGO** 99

**BIBLIOGRAFÍA** 101

## SERIE TEMAS DE HOY

Tiene toda la razón monseñor Piñera en hacer expresa referencia en el prólogo a «su larga vida ya vivida». Su extendida permanencia en medio de los hombres y mujeres de buena voluntad que habitamos el planeta (llegó al mundo en París en medio de la Primera Guerra Mundial) inunda sus reflexiones no sólo de conocimiento y erudición (que le sobran) sino –y mucho más relevante aún– de abundante sabiduría, humanidad, coraje y libertad.

Como un hombre de fe y moderno, aborda uno a uno los desafíos del ser humano del siglo XXI: el amor, su «estar» en la sociedad, la globalización, sus adicciones, la política, la ética y, por cierto, la fe.

*¿Ser moderno o tener fe?* es una documentadísima, pedagógica y certera revisión de lo que está pasando en el mundo de hoy en materias donde ¡por suerte! no se alcanza a colar la «insoportable levedad del ser». Y es también (y aquí su notable testimonio) una entusiasta apología a la confianza, a la no descalificación y a la esperanza. Una vez terminadas sus páginas, el lector sentirá que –pese a todo– es posible construir con «moros y cristianos», un mundo donde prevalezca la verdad y la consecuencia.

FUNDACIÓN FUTURO